

LA ÉTICA DE EPICTETO: UNA GUÍA PARA CONVERTIR HOY LA VIDA EN ARTE

Adriana Martínez

Trabajo de Grado para optar al título de Filósofa

Directora de trabajo de grado: Ana Rico



Universidad El Bosque
Departamento de Humanidades
Programa de Filosofía
Bogotá, Colombia
Mayo, 2021

La ética de Epicteto: una guía para convertir hoy la vida en arte

Contenido

Justificación e introducción 2

Capítulo 1: El estoicismo como una filosofía de vida 7

 1.1 Una mirada a la filosofía estoica 9

 1.2 La filosofía de Epicteto, un antídoto a la insatisfacción 17

 1.2.1 Postulados de la filosofía de Epicteto 21

Capítulo 2: Libertad y felicidad: actividades racionales e individuales 34

 2.1 Determinismo estoico y posibilidades de acción individuales 36

 2.2 Vivir de acuerdo con la naturaleza: La vida buena para los estoicos 37

 2.3 Ocuparse de los asuntos propios es el mejor camino para la felicidad y la libertad 41

Capítulo 3: Epicteto hoy 58

 3.1 Liberarse de lo ajeno y comenzar a vivir 60

 3.2 Ser estoico hoy 66

Conclusiones 84

Justificación e introducción

La filosofía estoica tiene por objeto de estudio la vida humana, su perfeccionamiento y la realización de una vida buena. Entre los problemas que aborda se encuentra con el interrogante: ¿cómo se debe actuar? o ¿cómo llevar una vida buena?, preguntas centrales en esta filosofía, porque dependiendo de su respuesta, se puede establecer y practicar un modo de vivir.

A partir de estas preguntas surge también el interrogante por la naturaleza de los seres humanos, pues el ideal estoico es “vivir conforme a la naturaleza”. Comprender entonces qué sea esta naturaleza y cómo nos insertamos en ella es vital para la filosofía estoica. En este marco la naturaleza del universo es la de un sistema racional y ordenado, en que el individuo está inserto; la naturaleza humana entonces estará gobernada y sujeta a un mundo racional y ordenado. Por esta razón conciben los estoicos que somos seres humanos racionales; lo que quiere decir que es la razón la facultad que distingue a los seres humanos y lo racional es lo distintivo de la naturaleza humana -la facultad que les hace distintos de las demás especies de seres vivos- y el ideal estoico radica en ejercer y perfeccionar esa facultad.

De esa manera, el estoicismo es una filosofía para la vida. Un primer nivel está concentrado en mostrarnos cómo lo que existe está subordinado a un orden (nivel metafísico), esta idea se presenta en el postulado de la filosofía de Epicteto *Sobre el orden superior*. La ética sugiere el comportamiento que se debe tener en conformidad con la visión del mundo que se ofrece, esto se expone en el otro postulado de Epicteto *Sobre lo que depende y lo que*

no depende del individuo. Estos dos postulados coinciden en el énfasis dado a la deliberación, la importancia del uso de razón, que a su vez introduce los elementos principales de la ética de Epicteto, libertad y felicidad.

En la construcción de la ética estoica, Epicteto defiende la facultad racional como la herramienta fundamental para el ejercicio de vivir bien; el cual contempla un estado de libertad, tranquilidad y felicidad del individuo, una vida virtuosa. En este trabajo se presenta cómo la libertad y felicidad, rasgos centrales de la ética de Epicteto, son centrales para un arte de vivir y cómo hoy aún son vigentes. Particularmente en esta época de incertidumbre y malestar social, en la que la falta de empleo, las restricciones a la sociabilidad y movilidad, etc. nos han llevado a preguntarnos cómo estamos viviendo. En el apartado final del trabajo se presentan algunas consideraciones sobre cómo la ética de Epicteto es una guía pertinente y actual para poder cultivar una manera de vivir ético – estética en medio de la incertidumbre y malestares actuales a través de un reconocimiento de sí y un compromiso con el cultivo de unos hábitos transformadores.

Considero que este tema es importante porque no sólo atiende a un componente esencial de la filosofía moral, a saber, la respuesta al interrogante: ¿cómo actuar de modo que se lleve una buena vida? Sino que a partir de sus respuestas se ofrece una teoría y unas prácticas morales que pueden aplicarse actualmente y ayudarnos a dar sentido a la vida, menguando las visiones pesimistas que en medio de una situación de crisis sanitaria, social, etc. parecen imponerse. El buen vivir no es un tema exclusivo de la ética antigua; es claramente un interrogante válido en cualquier momento histórico, pues tanto las sociedades como los individuos no pueden dejar de enfrentarse al desafío que les plantea este interrogante.

Una de las inquietudes que motivó este trabajo fue ver cómo hoy parece haber una mala interpretación de lo que es la felicidad. Leyendo textos como los de Epicteto es claro el contraste; hoy se promueve la felicidad como la adquisición de bienes, la continua satisfacción de apetitos, la búsqueda de nuevas sensaciones. Para los antiguos, por el contrario, la felicidad o *eudaimonía* es una actividad vital, que debe realizarse sin pausa a lo largo de la vida, a través de la cual se busca llegar a un estado de tranquilidad, y se proponen una serie de ejercicios tanto teóricos como prácticos para su consecución. En este sentido, la presente investigación se centrará en la idea de *eudaimonía* y la importancia del cultivo de una racionalidad y una manera de vivir en las cuales el examen continuo de nuestro comportamiento a la luz de unos preceptos, entre otros elementos, nos muestra lo erróneo que es concebir por ejemplo la felicidad como la adquisición de bienes materiales.

Se parte del estoicismo porque su filosofía se encamina hacia la *ataraxia*, o el estado de ánimo caracterizado por la tranquilidad, por la ausencia de deseos y temores. Su propuesta es concreta y sencilla de comprender, pues sus pilares son la adaptación al acontecer y el control frente a la diversidad de situaciones. Por ejemplo, reconocer que la pandemia del Covid-19 es un hecho del mundo por el cual no hay que dejarse afectar, frente al cual hay que permanecer indiferente y en el que hay que actuar para permanecer en estado de felicidad y libertad. No es una corriente filosófica que defiende la suspensión del juicio para alcanzar el estado de *ataraxia*, como es el caso del escepticismo, ni defiende la obediencia a los placeres con el mismo fin, como en el epicureísmo.

El estoicismo ofrece un modo de llevar una buena vida, enmarcado en la medida y en la razón, por ello determina que sólo para ciertas cosas (las que dependen de nosotros) es válido elaborar juicios; y frente a otras cosas (las que no dependen de nosotros) es correcto

mantener una postura indiferente. Por esta razón se explora la posibilidad de aplicar el modo de vida propuesto por Epicteto a nuestro contexto, con el ánimo de mostrar cómo esta filosofía es una alternativa interesante y pertinente para hacer frente al nihilismo y pesimismo de estos días. Hay también en la ética de Epicteto una serie de pautas que nos pueden ayudar hoy a fortalecer nuestra capacidad de reflexión y decisión individual, aspectos ambos muy importantes para la moral.

Para ello, se resaltarán los aspectos fundamentales del modo de vida que promueve el estoicismo y se evaluará la correspondencia de estos con algunos fenómenos relevantes del mundo contemporáneo como el consumismo, la inmediatez en la que vivimos inmersos, entre otros. El estoicismo nos propone una guía de acción a partir del cultivo de la razón; en este trabajo se hará énfasis en la importancia del uso de la razón desde el enfoque de la escuela estoica, en el cual el propósito central es el fortalecimiento de nuestras capacidades reflexivas y de acción, orientadas ambas al cultivo de la virtud.

A lo largo de este texto se expondrá la doctrina de Epicteto destacando la importancia que tiene no sólo el conocimiento de la ética estoica, sino la práctica de esos principios éticos. Se hará énfasis en las nociones de *eudaimonía*, *ataraxia* y libertad, así como en el cultivo de la razón para la realización o el perfeccionamiento de los individuos. Si bien la facultad racional es una característica propia y distintiva de los seres humanos, y de su uso correcto dependen los estados de felicidad, libertad e imperturbabilidad, entonces estos últimos son decisiones del individuo y solo en mantenerlos debe concentrarse, pues los demás eventos están sujetos al orden universal, son hechos cambiantes e impredecibles, por lo cual los estados del sujeto no pueden depender de estos últimos.

Así mismo, como ya se mencionó, se presentarán algunas características que definen nuestra época y se contrastarán con la propuesta ética de Epicteto para evaluar el alcance y posibles aplicaciones hoy. Se hará un énfasis en que los juicios, opiniones y las posturas personales son producto del uso de la razón a través de las deliberaciones sobre las representaciones. Así, la razón es la facultad que libera al individuo, la que le permite fortalecer sus virtudes y conservar una vida feliz. Hoy vemos el mundo como una gran barrera a nuestra libertad, porque no nos permite salir a ejercer nuestro rol social, pero lo cierto es que este hecho está fuera del control de los individuos y más bien es oportunidad para fortalecer las virtudes del alma.

Esto nos llevará a ver cómo hoy predomina una concepción errónea de la felicidad, pues al pensar que esta se puede identificar con los bienes materiales, o el dinero o con el poder adquisitivo, es evidente que los individuos sienten que si no consiguen estos bienes, no pueden considerarse felices. Si pensamos además en las cohibiciones que ha traído la pandemia del Covid- 19, por los protocolos de seguridad que se deben seguir, restricciones de movilidad, etc., esta sensación de pesadumbre es aún más fuerte. Sin embargo, si nos situamos en una perspectiva en la que la felicidad es una decisión propia y que la persona virtuosa debe conservarse tranquila e indiferente frente a las cosas que no están bajo su control, entonces la pandemia puede ser vista más bien como una oportunidad para fortalecer nuestra reflexión, criterios y acciones a través del cultivo de la razón.

Capítulo 1: El estoicismo como una filosofía de vida

Epicteto es uno de los pensadores más representativos e influyentes del estoicismo. Su filosofía se sostiene sobre la idea de ‘no preocuparse’ para nada sobre el acontecer del mundo y focalizar la atención en los asuntos propios. A partir de esa idea fundó una filosofía práctica, destinada a encontrar la manera de vivir digna y felizmente.

En el presente capítulo se expondrá cómo la filosofía que Epicteto propone los principales postulados defendidos por el estoicismo y veremos que es una filosofía que, en tanto forma de vida, comienza con la práctica del ideal estoico de “vivir conforme a la naturaleza”. Este ideal parte de la pregunta ¿qué somos? Pues tenemos que descubrir primero cuál es nuestra naturaleza. Somos seres humanos, seres racionales que desarrollan, ejercen y perfeccionan su razón en la sociedad; entonces nuestra naturaleza es racional y debemos actuar conforme a ella para perfeccionarnos; tal proceso de mejora es fundamental para consolidarnos como individuos. Esto no supone, sin embargo, un aislamiento o huida del mundo, sino que hay una exigencia de que tal cultivo de la individualidad se haga a partir del reconocimiento del rol que nos ha sido dado socialmente; lo anterior supone la obligación de cultivar unos hábitos, en los cuales por ejemplo el trato amable y compasivo a los otros es una manera de reconocer que todos formamos parte del orden universal; de esta manera, el desarrollo de lo individual no implica una ruptura con lo colectivo ni con lo social.

Recordemos que el estoicismo considera que hay en principio tres ramas de estudio: la lógica, la ética y la física. Estas agrupan los conocimientos que idealmente se deberían tener. Conocer el mundo supone reconocer su naturaleza racional y de la aceptación de este hecho por ejemplo se deriva el reconocimiento de que nuestro comportamiento ético debe

estar guiado por esta verdad fundamental. Ahora bien, ese reconocimiento de un orden superior, racional, es un principio metafísico; Epicteto suscribe esto y lo expresa a través de un postulado que podemos denominar como “Sobre el orden superior”. La ética de Epicteto, entonces, estará en armonía con este primer postulado y el centro de esta es el reconocimiento de lo que depende de nosotros y de lo que no depende de nosotros. Esto lo denominaremos segundo postulado.

Estos dos postulados tienen en común la importancia del uso sistemático de la razón y la deliberación; aspectos de los cuales cualquier otra actividad dependerá; así la *eudaimonía* y la libertad, centrales en la ética de Epicteto, son también actividades fundadas en el ejercicio de la razón.

Esta presentación de la filosofía estoica y los aportes de Epicteto en los próximos apartados de este trabajo nos servirán además para contrastar con algunos fenómenos del mundo contemporáneo, acentuados por la pandemia del Covid-19, y proponer a partir de la obra Epicteto algunas alternativas. Epicteto nos ofrece un conjunto de normas y prácticas con el ánimo de que, aunque nos viéramos enfrentados a los más extremos infortunios o fuéramos bendecidos por la mayor de las abundancias, no pensáramos que nuestra tranquilidad y virtud dependían de lo externo, ya fuera que lo consideráramos bueno o malo. Hoy que nos vemos enfrentados a un mundo rápidamente cambiante, de consumo frenético, con un alto malestar por la falta de empleo, de dinero, de bienes, e incluso el malestar por el acortamiento de la sociabilidad debido a la situación de pandemia que se vive en el mundo, el interrogante es qué vida es posible en medio de tales circunstancias y si esa vida podría llamarse una vida digna de ser vivida. La pregunta central entonces de la ética de Epicteto tiene hoy toda la

pertinencia. Veremos entonces cómo a partir del cultivo de la razón es posible el reconocimiento de que lo esencial depende en efecto de nosotros y la *eudaimonía* y la libertad son indispensables para una vida digna de ser vivida.

1.1 Una mirada a la filosofía estoica

El estoicismo nace durante la época helenística que, según los historiadores, se enmarca desde la muerte de Alejandro Magno en el año 323 antes de nuestra era hasta la batalla de Accio en el año 31 antes de nuestra era. Durante esta época se consolida la concepción del ser humano como ciudadano del mundo, una idea promovida y defendida por los escépticos, epicúreos y estoicos. Dicha concepción se refiere a la pérdida de la identidad patriótica, es decir, la pérdida del sentido territorial hacia un estado o gobierno particular. Los ciudadanos del mundo se declaran representados y súbditos del orden del universo, que es más fuerte y poderoso que los órdenes políticos creados por los seres humanos, de esa manera se reivindica la igualdad entre todos los individuos y se persigue una fraternidad universal.

Zenón de Citio fundó la corriente estoica a cuya filosofía se le atribuye el principio de “vivir en coherencia con la naturaleza”, lo cual es analogía del orden del universo declarado como regente por los ciudadanos del mundo. Este principio se manifestaba, según los estoicos, en (1) la física, en las explicaciones del orden del mundo; (2) la lógica, en la dialéctica como método de argumentación, en la retórica, en la semántica y en la gramática; y (3) la ética, en el comportamiento o la conducta del ser humano.

Cualquier individuo que actúe conforme al ideal estoico, no solo comprende las tres disciplinas, sino que las reconoce como propias y actúa de acuerdo con ellas. Esto se presenta en *Las exposiciones antiguas de ética estoica* escrito por el filósofo Argentino Marcelo Boeri en el año 1998; allí se hace un recuento de las más importantes tesis desarrolladas por los estoicos.

Boeri explica que para lograr manifestar en la conducta las disciplinas de la lógica, la ética y la física, el ser humano debe reconocerse a sí mismo, conocer sus capacidades y sus recursos. Como pertenecientes al orden natural, los individuos tienen a su cargo el cuidado de sí mismos; para ello, la misma naturaleza los dota de habilidades y técnicas. Un ejemplo de las habilidades y técnicas es el análisis racional de las situaciones y los elementos del mundo, los sentidos perceptores y la reflexión o deliberación a partir de ellos. Una vez que el individuo reconoce los alcances y límites de sus capacidades, y adquiere el conocimiento de su interacción con el mundo, puede actuar de manera que persiga su bienestar y perfeccionamiento (cuidado de sí mismo), a la par que se acerca a un estilo de vida de acuerdo con las tres disciplinas.

Según la física estoica, la naturaleza es considerada como un todo material, racional y vivo que está en constante movimiento. Mientras que, de acuerdo con la lógica, los estoicos se acogen a la teoría sensualista del conocimiento. Esta teoría es explicada por Boeri en otra obra, *Los estoicos antiguos*: parte de la idea del alma como una tabula rasa antes de la experiencia. El alma se va constituyendo con las ideas generadas por la experiencia. Y estas a su vez son las impresiones de las cosas del mundo en el alma, que se reconocen en la filosofía estoica como representaciones. El contenido intencional de las representaciones

sensibles (su intención o lo que sugieren) es formulado en proposiciones y posteriormente son sometidas a juicios de razón -operación racional que valora la relación entre la proposición y las representaciones- para determinar si es verdadera o falsa. Si el individuo es virtuoso, asentirá a la representación sólo si es verdadera. Al ser el juicio racional una evidencia de la veracidad de la representación, esta impulsa el actuar hacia lo debido o lo apropiado y pasa a ser parte del conjunto de conocimientos que rigen el curso de acción de los individuos. Lo que quiere decir que, según la lógica estoica, todos los conocimientos son suministrados por las percepciones sensoriales y fundamentados en un ejercicio racional individual.

En el párrafo anterior se reconoce la conformidad de la disciplina física y la lógica, pues las cosas del mundo están sujetas al acontecer designado por la naturaleza, son variables, por lo que el individuo también está sujeto a la reflexión constante que hace de ellos. Este último es un ejercicio de la ética estoica. Recordemos que la ética de los estoicos expone que el individuo debe actuar siempre conforme al movimiento de la totalidad, es decir de la naturaleza. Para ello debe haber un perfeccionamiento de la razón -lo cual se logra en el ejercicio constante de la razón- y un sometimiento a la misma para alcanzar la *ataraxia* o impasibilidad, un estado del alma que libera al individuo de preocupaciones y le permite tener imperturbabilidad frente a los sucesos de la vida.

La aspiración a la *ataraxia* también requiere una fortaleza para domesticar las pasiones y los deseos, además de una diferenciación entre los asuntos que dependen del individuo mismo y los que no; a partir de esa diferenciación se determina que las afecciones del individuo son causadas por sí mismo y no por las cosas del mundo. De ese modo el

individuo decide vivir tranquilamente en un mundo donde las cosas suceden fuera de su control.

Es pertinente mencionar que la filosofía estoica se ha dividido en periodos de acuerdo con la historia; el primer periodo en la filosofía estoica corresponde a su fundación, a este periodo pertenecen Zenón de Citio, Cleantes de Asos y Crisipo de Solos. El segundo periodo está representado por Panesio y Posidonio, y por un tipo de filosofía intelectual y científica (lógica). En el tercer y último periodo son representativos, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio llevando el estoicismo a un florecimiento práctico. (Long 2002). A lo largo de este texto se hablará de la filosofía estoica teniendo como referente al último periodo, puesto que se distingue de los anteriores por su interés en los problemas morales.

En tanto filosofía práctica, presente en el último periodo, la corriente estoica sostiene que los individuos deben tener pronunciadamente el impulso del cuidado de sí mismos para la vida plena, no del placer ni de la satisfacción, sino de la preservación y mejora del ser. Sugiere que los individuos deben apetecer las cosas que provocan bienestar y rechazar lo contrario, no como una norma ética, sino como una disposición natural del ser.

Boeri (1998) reconoce la diferencia entre las éticas del deber y las éticas de la virtud; las primeras proponen que se debe formular un principio moral que sea válido a nivel universal, es decir que sea aplicable a la variedad de casos posibles. El estoicismo pertenece a las segundas, a las éticas de la virtud: estas tienen un enfoque menos normativo y van de la mano con el desarrollo del carácter del agente. Para esta ética, el agente no ha de actuar porque una regla estipule cómo debe hacerlo, sino que el carácter se habrá aprendido, habituado o acostumbrado a actuar conforme a la razón y con vistas al bienestar.

La razón en la filosofía estoica es un elemento primordial sobre el cual se construye la ética y se determina el buen vivir. Es considerada como la facultad propia de la humanidad que la distingue y privilegia frente a otras especies; sin embargo, no quiere decir que se eliminen todas sus demás características naturales, como los apetitos o los instintos que sí comparte con las otras especies. La ética estoica se desarrolla bajo la pretensión de que la razón conserve su posición superior frente a las demás características humanas; ambas (la razón y las demás características del individuo) se contraponen de modo que sólo si se deja guiar por la razón, se dirá que se lleva una buena vida.

El carácter de un individuo capaz de actuar conforme a la razón debe incluir ciertas virtudes, como lo son la mesura, la prudencia, la justicia y la valentía. Estas virtudes son conocidas también como tendencias naturales, que se desarrollan por el hábito o la costumbre; son conocimientos principalmente de lo debido y habilidades que se practican, lo que quiere decir que ser virtuosos es un ejercicio continuo, como si se tratara de preservar bienes y mejorarlos cada vez. De ahí que el sabio estoico es aquel que hace todo de acuerdo con la totalidad de sus virtudes; además, una persona sabia conoce teórica y prácticamente cómo se debe actuar, por lo cual no hará suposiciones falsas ni opinará si no es pertinente. De hecho, los estoicos se referían a una persona sabia como aquella que tiene su estado cognitivo en el conocimiento, no en la opinión.

Además, de acuerdo con el principio “vivir de acuerdo con la naturaleza”, los estoicos consideraban que el ideal del sabio estoico o el ideal de una persona que vive acorde con la doctrina estoica es no necesitar nada diferente a vivir conforme a la naturaleza racional para encontrarse como una persona feliz. La felicidad está representada para el estoicismo como

la vida en comunión con el universo y puesto que el universo está determinado, el individuo ha de soportar el destino o las cosas que no están bajo su control, y renunciar al deseo de dominio sobre ese destino. Una vez aceptada la vida en comunión con el universo predeterminado que no puede ser modificado por el humano, se dirá que nada puede perturbar al individuo y que este ha alcanzado la *ataraxia* o la tranquilidad del alma.

Al ser principio rector o ley natural, la razón universal conecta al ser humano con las demás cosas del mundo, porque tanto estas últimas como el ser humano, son racionales: las cosas lo son en su disposición en el mundo, en sus relaciones, causas y efectos; el ser humano es racional en las ideas, juicios, opiniones y posturas que forma a partir de esas cosas, y de ese modo conecta con ellas. La finalidad de actuar según el principio rector es llevar una vida que sea coherente en el conocimiento y las prácticas de ese conocimiento; una vida coherente se manifiesta cuando para cualquier acción hay una justificación razonable, un juicio o deliberación que trazó el curso de acción tomado. Se expuso al inicio de la sección que para realizar esa justificación se toman los impulsos suscitados por las representaciones y se analizan como cursos de acción con vistas al bienestar individual.

Con la práctica de ese ejercicio se reafirma el conocimiento de lo bueno o de lo conveniente para el alma, que va de reconocer el beneficio, el deber y lo adecuado en las cosas o los sucesos y su armonía con la naturaleza; también se fortalece la tendencia hacia lo bueno, pues conociendo que el bien provee tranquilidad al alma, se apetece cada vez más. Respecto al conocimiento de lo bueno, el estoicismo sostiene una teoría intelectualista; Boeri (2003) la presenta así:

- a. Para actuar correctamente sólo se requiere conocer el bien.

- b. Si alguien actúa incorrectamente será a causa de la ignorancia y no de la voluntad.
- c. Los sujetos virtuosos tienen un correcto reconocimiento del bien, no basa su acción en creencias u opiniones.

Este argumento, heredado de Aristóteles por los estoicos, resume así la ética estoica:

- (a) El conocimiento del bien es importante para actuar conforme a la naturaleza.
- (b) Es necesario el reconocimiento de las habilidades propias, como lo es la razón, y su perfeccionamiento continuo.
- (c) El contenido intencional de las representaciones es rector del curso de acción y la razón es, de nuevo, el elemento central para su uso correcto.

Ahora bien, sosteniendo una teoría intelectualista, el estoicismo es una corriente que afirma la virtud como una disposición para la acción una vez conocida la idea de bien; esa disposición se ejerce mediante el ejercicio de la razón individual. Las decisiones y deliberaciones que un individuo debe hacer para trazar su curso de acción hacia lo conveniente son ejercicios de la razón individual; de ese modo, son los ejercicios de razonamiento práctico (decisiones y deliberaciones) los que construyen y ejercen la virtud del individuo, entonces ¿por qué aun cuando se tiene conocimiento de lo bueno y de lo conveniente, se sigue un curso de acción perjudicial?

Julia Annas en *Virtue Ethics* (2006) menciona que esa virtud como disposición a hacer lo correcto de manera adecuada (con honestidad y valentía) se compone del aspecto afectivo y el intelectual. Esto es, conocer lo que es bueno, adecuado y conveniente, razonar o deliberar para tender hacia ello; y tener una variedad de emociones y sentimientos por esas

mismas acciones. Siendo así, podemos decir que sólo es virtuoso quien no tiene contradicciones internas entre la tendencia hacia el bien como un deber virtuoso y las emociones presentadas en el curso de acción. El ser humano virtuoso, tiene sintonizados sus estados internos, con las acciones; es decir que mientras tienda al bienestar, sus estados internos serán positivos también. Por el contrario, un ser humano no virtuoso, presentará contradicción, entonces aun cuando conozca lo bueno y tenga la tendencia a ello como un deber virtuoso, sus estados internos serán desfavorables y se presentarán como malestar. Todo eso entorpece el curso de acción y el sujeto tiende hacia un curso de acción perjudicial, pero con el que se siente cómodo al menos en la inmediatez de las acciones. Por esta razón, aun cuando se conoce lo bueno, no se tiende a ello.

Para la filosofía que desarrolló Epicteto, las emociones y sentimientos quedan subordinados a los principios filosóficos, de modo que los primeros se entrenen y perfeccionen a partir de los segundos y puedan ser empleados en conjunto para determinar un curso de acción.

De acuerdo con Braicovich *en Ejercicios espirituales e intelectualismo en Epicteto* (2011):

- a). Para actuar, un individuo debe dar asentimiento a una impresión presentada en el alma.
- b.) Asentir a una impresión significa confirmar lo que declara, rechazarla significa negar esa misma declaración.
- c.) El asentimiento o rechazo depende de las opiniones del alma, no de cualquier otra facultad fuera de la *episteme*.

- d.) No hay otra causa de la acción, más que el asentimiento a una impresión.
- e.) Si se asiente a una proposición que afirma un curso de acción apropiado, esa proposición trazará el curso de acción.

De ese modo, ni los sentimientos ni las emociones deberían tener un papel para la toma de decisiones o los cursos de acción; más bien las emociones, como resultado de las acciones, son positivas una vez se ha tomado un curso de acción conveniente.

Ahora bien, el presente trabajo está orientado a ver la pertinencia que tienen hoy algunos aspectos de la filosofía como forma de vida de Epicteto; en relación con el debate a propósito del intelectualismo ético, me concentraré únicamente en cómo la reflexión y la meditación son fundamentales para la evaluación de las acciones, no en una revisión y discusión sobre la naturaleza de las emociones y pasiones.

1.2 La filosofía de Epicteto, un antídoto a la insatisfacción

Epicteto fue un filósofo estoico que conocemos hoy gracias a los registros que un alumno suyo, Arriano, elaboró de sus enseñanzas. Su filosofía se desarrolla a partir de Zenón de Citio, Clantes y Crisipo, que como se mencionó en la sección anterior, pertenecen a la etapa de fundación de la filosofía estoica; sin embargo, Epicteto pertenece a la última época de los estoicos, en la que presenta su preocupación por la moral y la conducta humana. Durante su tiempo como maestro, desarrolló una filosofía para educar a los jóvenes en su intelecto y en su actuar, con el objetivo de mejorar la moral individual y conjuntamente mejorar la moral social. Recordemos que la ética puede ser del deber o de la virtud. La ética promulgada por Epicteto corresponde al segundo tipo, hace un énfasis en la insuficiencia de

la teoría para ser virtuoso y en la necesidad de una demostración práctica en la vida cotidiana de los conocimientos teóricos de la ética.

Las obras más sobresalientes atribuidas a este autor, *Enquiridión* y *Disertaciones*, son exposiciones de las enseñanzas para una vida plena y feliz; entre ellas se puede encontrar la idea de *verdad* como el diálogo de la naturaleza del mundo con la naturaleza humana a través de la razón -el elemento que comparten y que los mantiene en armonía-.

En el apartado anterior vimos la importancia que tiene la facultad de la razón para cumplir con el ideal estoico de “actuar conforme a la naturaleza”. Epicteto define la facultad de la razón como una herencia de los dioses y una correspondencia con el orden del universo. Supone que el ejercicio racional permite, una vez recibidas las meras impresiones del mundo, interpretar las cosas del mundo y construir ideas a partir de ellas. Es este ejercicio racional el que defiende al ser humano como superior a las otras especies vivas; sin embargo, la propuesta de Epicteto añade a los estoicos que no basta con poseer la razón y ser capaz de actuar conforme a ella, sino que, para que el ejercicio racional permita interpretar y construir ideas lógicas, se requiere una mejora continua que permita preservar y perfeccionar la facultad racional.

En *Una vida sin examen no merece ser vivida por el hombre: variaciones “socráticas” en Epicteto*, escrito por Boeri y publicado en el año 2012, se expone una preocupación especial del estoico por el uso correcto de las representaciones. Epicteto indica que la facultad racional debe ser la encargada de diferenciar entre las creencias y los conocimientos.

Las primeras se refieren a las ideas que el ser humano adquiere sin necesariamente tener un fundamento experiencial o racional que compruebe su veracidad. Las creencias no deben motivar la acción, puesto que no han sido analizadas o deliberadas bajo el lente de la razón, lo cual no asegura que el curso de acción que pueda tomarse a partir de ellas sea el correcto.

Las segundas, por su parte, se refieren a la comunión de la comprensión de las ideas o representaciones, y la práctica del ejercicio racional, esto es, a la correspondencia del contenido intencional o el impulso generado por las representaciones, y el curso de acción. Ciertos comportamientos, a partir del conocimiento adquirido, demuestran un perfeccionamiento de la facultad racional, como lo son el manejo del deseo y del rechazo, la voluntad para los impulsos y las repulsiones; y la capacidad de asentimiento o suspensión del juicio. Esto además es evidencia del progreso en la vida moral del individuo.

El correcto uso de las representaciones es importante, porque determina el curso de acción que tomará un individuo y ese curso de acción es el que definirá si la vida de un individuo es buena, virtuosa, bella y feliz. Esto se había dicho en la sección anterior, en el argumento tomado desde Boeri en el que se expone cómo las representaciones motivan una acción; además, si el alma de los individuos es racional, no permitirá que el individuo dé su asentimiento a algo que no quiere; de nuevo hacemos referencia a las creencias, ya que el individuo puede creer que algo es correcto o no, pero no siempre será una creencia en sintonía con el apetito del alma.

El alma racional que conoce el bien tenderá hacia él, por eso si una creencia tiene la intención de tender hacia el mal o hacia lo incorrecto, el alma racional bloqueará el impulso

para la acción, pues si no lo hiciera, caería en un proceso ilógico y el alma racional no acepta ese tipo de contradicciones.

De esa manera, las acciones del individuo representan un ejercicio racional que es enteramente propio y allí se reconoce otro aporte de Epicteto a la filosofía estoica y a la diferencia entre la ética del deber y la ética de la virtud. *El caminar de los estoicos*, escrito por Roberto Quiroz y publicado en el año 2013, es una compilación de las prácticas más destacadas de la corriente estoica; en este escrito se hace una mención especial al individuo que practica la ética estoica como un discípulo, a la par que maestro de sí mismo:

Entre estos autores del estoicismo se percibe una especie de giro esotérico en el sentido de que ya no buscan legitimar su discurso en función de una fuente en el lenguaje de otra autoridad o maestro, más bien buscan otra estructura alternativa a la del maestro-discípulo en donde el discípulo iniciado recibe pasivamente desde fuera de sí un criterio o una guía, y que sea la propia existencia de esa figura mentora, la del maestro, la que le otorga validez y valor a su conocimiento o ejercicio personal. A esto nos referimos en las palabras de Andrea Lozano, “contrariamente a lo planteado sobre el epicureísmo, Marco Aurelio postula un ejercicio autónomo, individual en el que no hay más médico que él mismo, sin más maestro que su propia razón”. Hay un requisito de autonomía que se plantea, y no un sometimiento a otra fuente de autoridad, y se busca que salga a relucir la individualidad, la iniciativa de cada sujeto, y eso le otorga mayor responsabilidad al sabio estoico, porque “es el despliegue de la razón misma la que dirige el ejercicio, por lo que la autoridad del maestro pierde todo sentido”. No busca el sabio estoico un saber enciclopédico, erudito, como al estilo de hacer filosofía de los platónicos o aristotélicos, no requiere de un maestro experto en saberes dispersos, sino que más bien el discurso estoico prefiere la sencillez y la evidencia del propio lenguaje y la de sus imágenes concretas, realistas, tal como lo hacen Epicteto y Marco Aurelio (Quiroz 130).

De esto se sigue que el ser humano y su bienestar son asuntos que están bajo su control, que es él quien debe encargarse de la instrucción de su cuerpo, de la instrucción de su alma y de la elaboración de sus juicios. La racionalidad le permite al sujeto reafirmarse como dueño de sí mismo, aun cuando no tiene control sobre las situaciones externas, por lo tanto, hay que tener en cuenta el valor que tienen las cosas del mundo para formar los conocimientos propios y la manera adecuada de cada ser para comportarse frente a ellas.

1.2.1 Postulados de la filosofía de Epicteto

1.2.1.1 Primer postulado: Lo que depende y lo que no depende del individuo

El primer postulado que ofrece el estoicismo para conducir a una vida buena y feliz es la clara diferenciación entre las cosas que dependen de nosotros y las que no dependen.

Epicteto se refiere a ello en el *Enquiridión [I]*:

De lo que existe, unas cosas dependen de nosotros, otras no. De nosotros dependen juicio, impulso, deseo, aversión y, en una palabra, cuantas son nuestras propias acciones; mientras que no dependen de nosotros el cuerpo, la riqueza, honra, puestos de mando y, en una palabra, todo cuanto no son nuestras propias acciones (Enquiridión XVII).

Por un lado, entre las cosas que dependen de nosotros se encuentran los deseos o impulsos, y las aversiones o rechazos; de otro lado, las que no, comprenden el cuerpo, la riqueza, la fama y el poder, entre muchas otras cosas. Podemos deducir que las cosas que dependen de un individuo son aquellas que puede pensar o todas las ideas que construya en ejercicio de su intelecto; en tanto que las cosas a partir de las que piensa o construye, no dependen de sí mismo. Por ejemplo, la muerte o la enfermedad pueden presentarse como un suceso desafortunado, pero ese infortunio no es más que una representación. El individuo no puede controlar cuándo o de qué manera se enfermará, mucho menos está bajo su control la muerte de alguien cercano; pero sí está bajo su control que este hecho represente una desgracia. El juicio y la elección son ideas propias sobre el mundo, pero las cosas que enjuicia o sobre las que elige son cosas del mundo fuera de su control.

Las representaciones, entendidas como fantasías en la filosofía estoica, se refieren a las ideas que se presentan al sujeto como apariciones a partir de los objetos externos o de los sucesos del mundo. Estas representaciones son manifestaciones de las cosas y de los hechos;

no existen del mismo modo que existe lo que representan, y para determinar si son correctas o no, deben pasar primero por el ejercicio intelectual de la deliberación. Las representaciones construyen la imagen del mundo para el individuo dependiendo de su veracidad o su falsedad.

Mediante un juicio racional se determina si las representaciones son correctas o no, si debemos asentir a ellas o no. El conjunto de ideas obtenidas por el individuo a partir de las representaciones a las que se ha dado asentimiento conforma la imagen del mundo en el mismo individuo. Se sigue que no son las cosas del mundo las que afectan al individuo, más bien son sus propias opiniones y juicios los que causan estas afecciones. Las opiniones son el parecer de los individuos respecto al mundo y este parecer es el que estimula el deseo o la repulsión, el placer o el sufrimiento, inclusive la suspensión del juicio dependiendo de la fuerza que tengan las representaciones. Son estas mismas opiniones las que causan las afecciones y entorpecen el camino hacia el estado de *ataraxia*. El llanto, por ejemplo, puede parecer la consecuencia de algo que ha sucedido, pero en realidad es solo la opinión del individuo frente a alguna situación.

Al tomar la opinión como un parecer del individuo frente a las cosas, el malestar es consecuencia del individuo mismo, no de las cosas que pasan y por ello es importante realizar un proceso de deliberación para determinar el contenido de las representaciones y asentir a ellas o evitarlas, tomar un curso de acción o apropiarse de una posición frente a los sucesos. Para el proceso de deliberación, la facultad de la razón es esencial, pues es el elemento que permite hacer uso de las representaciones y la que da, o niega, el asentimiento a ellas. Hacer uso de las representaciones es, como vimos, construir una idea a partir de las cosas del

mundo; dar -o negar- el asentimiento a ellas es apropiarse de la representación y unirla a la imagen propia del mundo.

El uso de razón implica que, una vez obtenidas las representaciones, se elabore un juicio sobre ellas determinando si son correctas o no; por ejemplo, la pérdida de bienes materiales puede representar una desdicha y en esa medida restringir la tranquilidad y la imperturbabilidad. El juicio elaborado por medio de la razón revelará al individuo que la pérdida de bienes materiales es un evento del mundo y que la connotación de sufrimiento viene dada por su propio parecer, así que es incorrecta, ya que no coincide con su bienestar.

El asentimiento entonces depende del individuo y tiene por objeto las proposiciones (contenido intencional) de las representaciones (Boeri 90); esto es, las representaciones marcan un curso de acción o determinan la posición del individuo frente a los sucesos. El asentimiento es la apropiación que se hace de las representaciones, de ahí que el uso de razón sea importante, pues si se asiente a una representación errónea, se traza un curso de acción que puede limitar las posibilidades de alcanzar el estado de *ataraxia*.

Con este ejercicio racional que desemboca en una acción, se le otorga al individuo toda la responsabilidad sobre su actuar y su modo de dirigir su vida. Esto quiere decir que, aunque los aspectos éticos no se vean afectados por las cosas del mundo, si se verán afectados por aquello que el individuo delibere y elija. Con aspectos éticos me refiero al comportamiento y la conducta, desde las consideraciones sobre bueno y malo.

Para resumir lo dicho hasta ahora: el primer postulado de la filosofía estoica comienza en la diferenciación entre lo que depende y no del individuo mismo. Las

representaciones son obtenidas por el individuo a partir de lo que no depende de él mismo, pero corresponden a las cosas que sí dependen de él mismo. Una vez obtenidas las representaciones, la razón es un elemento clave para determinar qué representaciones son correctas, asentir a ellas y seguir el curso de acción que ese asentimiento traza. Es así como se llega al actuar ético del individuo.

El curso de acción ético tiene implícitos tres niveles sobre los que esta filosofía se sostiene: la ética teórica, la moral práctica y la lógica.

En primer lugar, en la ética teórica se conocen los fundamentos de los principios prácticos, se promueve el conocimiento de sí mismo, igual que el conocimiento de lo que depende -y lo que no depende- del individuo. Por demás, atiende a la necesidad de juicio y elección sobre las representaciones.

Por su parte, en la moral práctica, se toma la teoría ética como un conocimiento racional que requiere de análisis y deliberación; con ello, dicha teoría no requiere solo de memoria, sino de un ejercicio activo donde las acciones correspondan con lo propuesto. En este nivel se decide a qué representaciones darles asentimiento y a cuáles no. Finalmente, en el nivel lógico se confirma y se declara que ha sido demostrada la ética teórica a través de la moral práctica, porque el actuar del individuo es conforme a sus deliberaciones y juicios.

Concluimos, para este primer postulado de la filosofía de Epicteto, que las decisiones humanas para guiar el actuar están restringidas a las cosas que dependen del individuo mismo, como lo son los juicios y asentimientos sobre las representaciones. Sea como sea, esas decisiones están rodeadas por una serie de circunstancias determinadas fuera del control

individual, lo exterior al sujeto y lo que a su vez define el lugar del individuo en el mundo. El siguiente postulado trata del orden exterior donde se determina y se expande la acción humana.

1.2.1.2 Segundo postulado: Sobre el orden superior

El segundo postulado en la filosofía de Epicteto es la creencia en el orden superior o divino. La naturaleza en el estoicismo es una manifestación de los deseos de la divinidad y es ese orden natural el que tomaré como orden superior.

Las cosas que están fuera de nuestro control están bajo el control de la divinidad según la filosofía de Epicteto; del mismo modo, nosotros mismos como humanos y partícipes en el sistema universal estamos sujetos a los designios de la divinidad. Por esa razón, podemos hablar del orden de la naturaleza como una representación del orden divino, de acuerdo con la filosofía estoica.

Para exponer este segundo postulado es pertinente definir *naturaleza* en la filosofía de Epicteto, justamente el filósofo estadounidense William O. Stephens en su obra *Stoics Ethic: Life according to nature as the life of reason*, publicada en el año 2007, recoge las maneras en que puede entenderse ese concepto:

- a. Género o esencia (la naturaleza de).
- b. El todo ordenado que se identifica con Zeus.
- c. Constitución de un organismo (como la biología).
- d. Constitución de un ser (la naturaleza humana, por ejemplo).

- e. Rasgos únicos de un individuo (la naturaleza de Epicteto como un ex-esclavo).

Para explicar por qué la razón es una facultad racional y distintiva de las personas, Epicteto propone que dicha facultad es heredada del universo mismo. Este último es considerado no solo como una magnitud superior, sino como un sistema, un animal vivo del que cada individuo hace parte. En ese sistema se hace evidente la diferencia entre lo que depende y lo que no depende del individuo mismo, pues en el universo todo lo que no pueda ser controlado por una persona la determina.

Siguiendo con el postulado, el mundo es el *todo racional* compuesto por varias partes, una de ellas el ser humano, que tiene el privilegio de la herencia de la razón; esto no significa que el resto de cosas que conforman el mundo y que están privadas de razón no se rijan por el universo racional. No hay nada independiente del orden racional, todo lo que acontece está determinado por él.

Esta idea es fundamental para la ética estoica, pues se considera que el bienestar de la totalidad es superior al bienestar individual, como efecto, el individuo deberá aceptar cualquier tipo de movimiento o curso que provenga del universo. Sin embargo, la idea que la dependencia con respecto al orden racional no pretende decir que el individuo deba sacrificarse de alguna manera para preservar el bienestar del universo en general; opuesto a ello, este “sacrificio” significará un actuar conforme a la totalidad, pues la razón universal pretende la conservación del universo como totalidad y cada una de sus partes.

Siempre y cuando el individuo identifique su querer como parte del querer del universo, o sea sus acciones y sucesos como parte del curso universal, aceptará que no hay

fuente de perturbación en su actuar y acontecer. Al mismo tiempo, el individuo descubrirá que si algo no pasa como este quería, se debe a que no se quería realmente, porque su querer debe identificarse con el querer del orden superior y este sucede siempre para bien.

En ese orden superior, el individuo debe elaborar juicios para determinar si esa representación corresponde falsamente a un sacrificio, y consentir -o negar- su asentimiento dependiendo de sus reflexiones. Ahora bien, se encamina a una vida virtuosa cuando no asiente hacia la representación de un sufrimiento, dado que es falsa, pues entiende que su actuar y sus circunstancias están predeterminadas y son conformes al orden de la totalidad.

Esto no quiere decir tampoco que haya una opresión del sistema hacia los individuos y que estos tengan que obedecer como alienados, su orden; todo lo que existe, le sirve al mundo y esa razón universal decide a favor de todas sus partes. Es decir que la razón universal trabaja a favor de cada una de sus partes como de sí misma; por ende, si el individuo actúa conforme a la razón universal, aun cuando pueda representar falsamente un sufrimiento, será en pro de su bienestar.

La noción de universo racional en la ética estoica y las repercusiones que tiene en el individuo pueden interpretarse como esferas o niveles. En el nivel macro ubicamos la naturaleza del universo; la representación de esta en el estoicismo son las deidades. En un nivel intermedio encontramos la naturaleza social, que es el ámbito donde se presentan la cooperación, o el contrato social, y las relaciones interpersonales. El nivel micro corresponde al individuo y sus acciones.

Dado que el universo existe antes de que existieran los individuos, se acepta que todo lo que sucede en él, tiene repercusiones en cada una de sus partes; de igual manera, cada parte de este universo influye en su naturaleza. Como resultado tenemos que el individuo sigue un curso de acción que es bueno para él, porque está encaminado a su propósito particular. Al ser bueno para el individuo, el curso de acción es bueno al mismo tiempo para la sociedad, puesto que coopera para la consecución del propósito común. Otro rasgo de cooperar socialmente desde su actuar correcto en el rol correspondiente es que armoniza con la naturaleza universal que se supone como la responsable de la elección de dicho rol. Un ejemplo de ello es la nacionalidad, no puede controlarse el lugar en que el individuo nacerá, por lo tanto, este evento lo determina. En el siguiente fragmento del *Enquiridión*, Epicteto presenta las cosas que no dependen del individuo como eventos de un rol que el orden natural asigna a cada individuo:

Acuérdate de que eres actor de un drama que habrá de ser cual el autor lo quiera: breve si lo quiere breve, largo, si lo quiere largo. Si quiere que representes a un mendigo, procura representarlo también con naturalidad; y lo mismo si un cojo, si un magistrado, si un simple particular. Lo tuyo, pues, es esto: representar bien el personaje que se te ha asignado; pero elegirlo le corresponde a otro (Enquiridión XVII).

De manera que siempre que el individuo actúe conforme a su bienestar, cumplirá con el rol que fue escogido para él y en consonancia se alcanza un estado o sensación de realización, de *eudaimonía* por cumplir lo que se quiere y lo que se debe hacer. Actuando de ese modo, el individuo alcanza el ideal de la ética estoica que versa sobre vivir conforme a la naturaleza, pues el querer individual se reconoce igualmente como el *deber ser* que se manifiesta en la naturaleza universal.

El querer se identifica con el deber cuando se comprende la naturaleza del universo y sus designios. Cuando una persona conoce y comprende la diferencia entre lo bueno y lo

malo, no solo va a querer inclinarse hacia lo bueno, sino que será lo que deba hacer para llevar una vida buena. Nuevamente la facultad racional es primordial, porque permite a los individuos desarrollarse en esa razón universal, comprenderla y actuar conforme a ella, no solo porque eso quiera, sino porque es lo que debe hacer. Dentro de esta razón universal, el individuo conserva como totalmente suya la capacidad de deliberar. Durante un diálogo en *Las Disertaciones [2]*, Epicteto reflexiona frente a un funcionario público sobre la variedad en las opiniones y la importancia de los juicios individuales conforme a la razón:

Venga, dime: todo lo que les parece a algunos bueno y conveniente ¿se lo parece con razón?

¿Es posible que todas las opiniones sobre la alimentación -las de los judíos, los sirios, los egipcios y los romanos- sean correctas?

- ¿Cómo va a ser posible?

- Entonces, creo que es de toda necesidad que si son correctas las opiniones de los egipcios, no lo sean las de los demás; y que si son correctas las de los judíos, que no lo sean las de los otros.

- ¿Cómo no?

- Donde hay ignorancia, hay también desconocimiento y falta de educación sobre materias necesarias.

Estuvo de acuerdo.

- Tú, por tanto -dijo-, una vez que te des cuenta de estas cosas no te esforzarás por ninguna de las restantes ni tendrás que atener tu opinión a nada más, sino que tras haber aprendido el criterio de lo conforme a la naturaleza, sirviéndote de él juzgarás en cada caso particular (Disertaciones 1.11).

De la mano con la idea de la razón como facultad para estar en armonía con el orden universal, Stephens se refiere a la idea de la armonía con el mundo sostenida por Epicteto, como una satisfacción y liberación de la angustia, la desesperación e incluso del malestar que produce la culpa. Además, sugiere que para el filósofo griego la correspondencia de la razón de la naturaleza y la razón individual son símbolo de un carácter imbatible y un espíritu fuerte; esos elementos resultan más importantes que la inmunidad a la enfermedad o a la muerte. En esa conexión de los humanos con el mundo, está presente la idea de que los

sucesos del mundo están preestablecidos y es nula la oportunidad que tienen el ser humano para cambiarlo; esto corresponde a la visión determinista del mundo.

El determinismo es una doctrina según la cual todo fenómeno está preestablecido de manera necesaria por las circunstancias en que se produce; esto puede insinuar que los actos que realizan los individuos no son libres, sino que de igual manera son preestablecidos. Sin embargo, para explicar la visión determinista del mundo que emplean los estoicos, vamos a revisar *Epicteto: el determinismo epistémico y la potencia causal del logos*, escrito por el filósofo Sebastián Braicovich en el año 2011. En este texto el autor se refiere al determinismo como la imposibilidad de dejar de asentir a una representación del mundo que se ostenta como verdadera, es decir que el individuo no puede dejar de actuar acorde a una *fantasía* que demuestra el curso de acción más provechoso.

El determinismo también se trata de aceptar que hay verdades innatas que no necesitan algún tipo de comprobación; para el caso del estoicismo son:

- a. Nuestras opiniones, creencias y conocimientos son los únicos que causan nuestras acciones.
- b. No se tiende hacia algo que va contra el parecer individual.
- c. Lo que impide la libertad individual reside en el individuo; lo que se quiere ser, hay que perseguirlo hasta serlo.

La medida para las cosas del mundo es el parecer individual propio, de modo que solo el individuo puede definirse como feliz, libre, tranquilo y bueno. El orden del mundo es un modelo que debemos reflejar en nuestro intelecto para estar en armonía con él; este ejercicio

implica a la razón como elemento presente en el mundo y en nuestro intelecto, también como una manifestación del orden del mundo y como una capacidad para identificarlo y reproducirlo a nivel individual. El universo es una estructura unificada, por ello hay interacción entre el individuo y las cosas externas a él (Long 2002).

Hasta el momento se ha hecho mención de los postulados de la filosofía de Epicteto y cómo está involucrada en ellos la facultad racional. Una vez explorados varios preceptos que contribuyen a la formación de una vida feliz, como lo son la capacidad de juicio y el asentimiento a las representaciones, se introducirá un punto crucial para la investigación, este es la deliberación en los juicios y cómo estos contribuyen a la formación de la vida feliz.

La filosofía es un arte que tiene como objeto la vida propia; en Epicteto, este arte se lleva de buen modo si se trabaja la facultad racional y se tiene en cuenta su implicación en: a.) la determinación de lo que depende y lo que no depende de sí mismo y b.) La inclinación del querer solo hacia los aspectos que sí dependen de sí mismo y actuar conforme al universo racional. Los anteriores son los preceptos para conseguir la *eudaimonia* y la *ataraxia* que definen el curso de la vida como bueno.

La deliberación que se hace sobre las representaciones, teniendo como instrumento a la razón, tiene como finalidad evaluar la certeza de las representaciones. Ceder ante algunas representaciones puede satisfacer un placer, sin contribuir para nada al bienestar ni a la felicidad. La deliberación o el juicio racional correcto, determinará que estas representaciones son falsas y en consecuencia no se dará un asentimiento a ellas. Epicteto en *Enquiridión* se refiere a ello:

Cuando recibas la fantasía de algún placer, exactamente lo mismo que respecto a las otras, guárdate de ser agarrado y cautivado por ella. Espérate a ti el asunto y otórgale alguna dilación. Hazte luego presentes los dos momentos: aquél en que gozarás del placer y aquél en que, habiéndolo ya gozado, después te arrepentirás y te recriminarás a ti mismo. Y a estos pensamientos contrapón el de que, si te abstienes, te alegrarás y tú mismo te alabarás. Pero si se te muestra oportuno emprender la acción, procura que no te venza su agrado y no te dejes seducir por el placer; opónle cuánto mejor es tener conciencia de haber logrado esta victoria. (*Enquiridión*, XXXIV)

De acuerdo con la cita, la facultad de la razón se desarrolla de manera explícita en la deliberación que realiza un individuo en sus juicios, los cuales participan activamente en la doctrina estoica, lo mismo que en la ética. La deliberación es el elemento que se conserva como propio del individuo, aun cuando se encuentre sujeto a un orden superior. Este elemento resaltado en el estoicismo es el que constituye la libertad del individuo. La deliberación remite a la facultad racional, ya que de ella depende el asentimiento a las representaciones.

Hasta el momento, se ha expuesto que la facultad racional es un fundamento fuerte en las enseñanzas de Epicteto, sobre el que se levanta la ética estoica; esta ética, al igual que cualquier otra, tiene postulados con vistas a la buena vida, a la tranquilidad y la felicidad. Ahora bien, para adoptar esa buena vida es necesario dar seguimiento a los postulados expuestos a lo largo del capítulo y servirse de una buena deliberación para realizar los juicios de manera correcta.

En el siguiente capítulo se realizará un análisis de los conceptos *felicidad* y *libertad*, que son los estados del alma pretendidos tras una buena deliberación. Se presentará además la paradoja que puede encontrarse en la comprensión de la deliberación como un elemento que da libertad individual, y al mismo tiempo parece reducir las posibilidades de acción en

el individuo, y se examinará la facultad racional como elemento clave para el desarrollo de la *felicidad* y la *libertad*.

[1] La traducción de Enquiridión a la que se recurre en este documento es la de José Manuel García de la Mora en Editorial Anthropos (ver Bibliografía).

[2] La traducción de Disertaciones a la que se recurre en este documento es la de Paloma Ortiz García en Editorial Gredos (ver Bibliografía)

Obras citadas

Annas, Julia. "Virtue Ethics". *The Oxford Handbook Of Ethical Theory*, David Copp, New York, 2006, pp. 515-536

Boeri, Marcelo. Corso, Laura. Juliá, Victoria. *Las Exposiciones Antiguas de Ética Estoica*. 1st ed., Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998.

Boeri, Marcelo. *Los Estoicos Antiguos*. 1st ed., María Luisa Santander. Santiago de Chile: Editorial Universitaria S.A, 2003.

Boeri, Marcelo. "Una Vida Sin Examen No Merece Ser Vivida Por El Hombre: Variaciones 'Socráticas' En Epicteto" *Kriterion* 2012: 81-102.

Braicovich, Rodrigo. "Ejercicios espirituales e intelectualismo en Epicteto". *Classica*, 2011, pp. 35-56.

Braicovich, Rodrigo. "Epicteto: El determinismo epistémico y la potencia causal del Lógos". *Teorema: Revista Internacional De Filosofía*, 2011: 145-156.

Epicteto, Flavio Arriano, y Paloma Ortiz García. *Disertaciones*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1996

Epícteto, José Manuel García de la Mora. *Enquiridión*. Barcelona: Anthropos.1991

Epicteto, Pierre Hadot, y Claudio Arroyo. *Manual para la Vida Feliz*. Madrid: Errata naturae, 2015.

Epictetus., and W. A Oldfather. *Epictetus*. 1st ed., Cambridge: Harvard University Press, 1928.

Long, Anthony. *Epictetus A Stoic and Socratic Guide To Life*. Berkeley: University Of California, 2002.

Quiroz, Roberto. “En el caminar de los estoicos”. *Byzantion Nea Hellás* 2013: 125-

144Stephens, William. *Stoics Ethics Epictetus and Happiness As Freedom*. 2007. 108-142

Capítulo 2: Libertad y felicidad: actividades racionales e individuales

La filosofía de Epicteto, en tanto orientación de la vida, busca sensibilizarnos y educarnos respecto al hecho de que existen cosas que dependen de nosotros y otras que no; aceptar esto es elemental para entender y reconocer por qué cosas debemos preocuparnos, lamentarnos o enorgullecernos, para saber cómo debemos actuar y vivir bien. La persona

sabia, para Epicteto, es capaz de reconocer qué está en su poder y qué no, además tiene la capacidad de cultivarse para conservar a lo largo de su vida un estado de imperturbabilidad. Por consiguiente, la libertad y la felicidad son cosas que dependen completamente del individuo; no deben ni pueden provenir de las cosas del exterior, porque estas están sometidas al orden natural, suceden según la naturaleza del universo, son cambiantes e impredecibles.

El hecho de que el acontecer de la naturaleza universal sea cambiante e impredecible implica que: por una parte, si un individuo cree que la felicidad viene de allí, en un momento dado se sentirá “feliz” (realmente será un estado pasajero de alegría y satisfacción) respecto a un hecho que sucede fuera de su control. Por otra parte, también puede encontrar infortunio enseguida, porque ese hecho que inicialmente le “dió” felicidad, es susceptible al cambio y la situación en la que resulta puede no ser la más favorable para el sujeto. Es cierto que son más las cosas que no dependen de mí, que las cosas que sí están bajo mi control, pero eso no significa que la libertad individual está limitada, más bien es una oportunidad de ocuparse de los asuntos propios sin angustiarse por las cosas que vayan a suceder. Además, ser un sabio estoico implica que debe ser primordial cultivar la virtud y ese ejercicio también depende por completo del individuo.

Recordemos que la felicidad y la libertad como ideales de la filosofía estoica son estados que se identifican con vivir de acuerdo con la naturaleza. En el presente capítulo se analizarán los conceptos *felicidad* y *libertad*, estados del alma que se conservan y se perfeccionan para vivir una buena vida. También se examinará la *razón* en tanto facultad elemental para el desarrollo de los dos primeros conceptos y así mismo de la vida buena.

2.1 Determinismo estoico y posibilidades de acción individuales

El determinismo, como se expuso en el capítulo anterior, se refiere a las circunstancias preestablecidas en las que se desarrolla el individuo, lo cual insinúa que los actos de los individuos también están predeterminados. Es cierto que las cosas del mundo externas al individuo y fuera de su control están sujetas a un orden superior; de igual modo, el ser humano está sujeto a ese orden, pero no del mismo modo que las demás cosas. El cuerpo humano está sometido a la causalidad del mundo, pero el ser humano está dotado de razón; en consecuencia, comprende el orden superior y reconoce que sus acciones deben expresar la armonía que gobierna el mundo.

El ser humano posee razón y ante esta facultad se le presentan impresiones del conjunto de las cosas externas a él; estas impresiones pueden representar una variedad de ideas que pueden clasificarse en dos grupos: conveniencia o infortunio. Antes de continuar tengamos en cuenta que, al hablar de conveniencia para los estoicos, hablamos de aquello que sugiere bienestar y certeza, algo que es conforme a la virtud. Si al individuo la impresión le representa conveniencia, no dejará de asentir a ella, de tender a ella y a partir de allí trazar su curso de acción.

Entonces sí se sugiere una limitación al actuar del individuo, pero este límite está dado por él mismo, no por las cosas externas a él. Las posibilidades de acción en el mundo para los individuos son considerables en número, pero no es el universo quien le muestra al individuo que un curso de acción es pertinente y el otro no. El orden universal solo pone a disposición del individuo los cursos de acción, los caminos por los que puede transitar, pero no impone uno sobre otro o lo conduce hacia uno mientras le aleja del otro; es la ética del

individuo mismo, sus juicios y sus deliberaciones, las que le sugieren qué es lo que más le conviene para la vida buena.

No se niega con ello que los humanos estamos sujetos al orden universal y que pertenecemos al grupo de cosas que dependen de la razón superior de la naturaleza. Pero nuestro estado también depende de nosotros mismos, de nuestros juicios y deliberaciones, son estos dos ejercicios racionales los que nos posibilitan las acciones libres dentro del orden preestablecido.

2.2 Vivir de acuerdo con la naturaleza: La vida buena para los estoicos

Marcelo Boeri expone tres tesis socráticas como principio para llevar una vida buena (111):

- a. La virtud es conocimiento.
- b. Entre las virtudes hay unidad.
- c. La virtud y la felicidad son lo mismo.

Las tesis sugieren que la ignorancia es la causa de las malas acciones. La ignorancia se refiere a dar un asentimiento inconstante y débil. La virtud consiste en el correcto reconocimiento del bien; todas nuestras acciones se realizan con vistas a algún bien y de allí se deduce que, si un individuo lleva a cabo una acción, es porque cree que esa acción lo conduce a algo bueno.

Reconocer en una acción que esta pueda conducirlo hacia algo bueno o hacia algo erróneo, es un ejercicio de las virtudes del alma. Las virtudes son la sabiduría sobre los

principios y los elementos morales, entonces las virtudes se refieren al conocimiento sobre el bien, sobre su consecución y su preservación. Ahora bien, ¿cómo se obtiene el conocimiento sobre el bien, para desde allí encaminarse hacia una vida virtuosa?

De acuerdo con Jeffrey Fisher la naturaleza como orden superior implanta en los individuos algunas ideas preconcebidas como bases para actuar en el mundo. Las creencias que tenemos, por ejemplo, sobre lo bueno y lo malo de acuerdo con los estoicos están fundamentadas en impresiones. El vínculo entre creencias e impresiones es nuestro plan de acción para el conocimiento de los principios que, en tanto personas virtuosas, debemos conocer y practicar, aspirar al bien y rechazar el mal. Estas verdades son confirmadas o adoptadas cuando el ser humano las comprende, por lo cual no basta solo tener las ideas preconcebidas para tener un actuar correcto o un modo de vida virtuoso, sino que hace falta atenderlos, explorarlos y aplicarlos para que puedan dirigir una acción (79).

Fisher ofrece como ejemplo de aplicación el siguiente argumento:

- a. Solamente las cosas buenas son dignas de confianza
- b. Solamente lo que es digno de confianza no es inseguro
- c. El placer es inseguro
- d. El placer no es digno de confianza (b y c)
- e. Entonces el placer no es bueno (del 1 al 4)

En este argumento se ve por un lado la articulación de dos ideas preconcebidas (a y b), a la vez que demuestra la aplicación de estas para un curso de acción, pues tomando el

ejemplo de Fisher como una deliberación realizada por un individuo, este no cederá ante una representación de placer puesto que no es buena para el curso de vida que pretende. (84)

Epicteto no censura el goce de los placeres, más bien sugiere que este sea moderado. El placer es calificado por los estoicos como algo inseguro para conducir las acciones, porque tiene el potencial de hacernos olvidar la medida y moderación. Además, es importante cultivar hábitos en nuestra vida que no nos distraigan del cultivo de la virtud. Por lo tanto, no se puede confiar la vida a los placeres, no se puede llegar a un estado de imperturbabilidad, porque nos alejan de la posibilidad de tener una vida plena, feliz y virtuosa.

Conservemos las dos ideas preconcebidas propuestas por Fisher y veamos el siguiente argumento:

- a. Todas las cosas buenas son dignas de confianza
- b. Lo que es digno de confianza no es inseguro
- c. La felicidad/libertad no es insegura
- d. La felicidad/libertad es digna de confianza (b y c)
- e. La felicidad/libertad es buena (del 1 al 4)

Como vemos, teniendo lo bueno y lo malo como principios éticos implícitos en las ideas preconcebidas a y b, se llega a la conclusión de que la felicidad y la libertad son buenas para el ser humano, y justamente estos estados son lo que se pretenden en el ideal de la ética estoica, pues su posesión hace de un ser humano una persona sabia y feliz.

La felicidad y la libertad son estados que poseen las personas que cumplen el ideal de la ética estoica y que viven de una manera correcta o buena; la buena vida de acuerdo con estoicismo está más allá de la satisfacción de las necesidades básicas: se expande al punto de cultivar y perfeccionar los talentos propios o las virtudes con la aplicación de la razón y el autocontrol (Hamilton *Happiness reconsidered* 2008).

Algunas de las virtudes del alma son la pureza, la tranquilidad, la valentía y la templanza, de modo que para cultivarlas es necesario saber primero qué era cada una (a qué conductas o comportamientos se refería) y se perfeccionan en cada oportunidad que el individuo tenga de ejercerlas en las situaciones que se le presentan. Se reafirma aquí una de las enseñanzas estoicas más importantes: que el conocimiento de la teoría ética es insuficiente para llevar una vida buena; contrario a ello, esta se logra con la interiorización, apropiación y aplicación de las teorías o principios éticos.

Ahora bien, según los estoicos, la vida buena se lograba también al tener conocimiento respecto de los dolores y placeres. Ese conocimiento, como habíamos mencionado, implica una moderación y medida de las emociones fuertes, de los placeres y los dolores; todo eso para fortalecer las virtudes del alma y conservar una vida buena.

Hasta el momento un individuo que desee llevar un modo de vida estoico empleará su razón para:

- a. Conocer las virtudes práctica y teóricamente
- b. Practicar y perfeccionar estas virtudes
- c. Conocer la diferencia entre placer y dolor; bueno y malo

d. Negar o asentir a una representación de dolor o placer; bueno y malo

En el capítulo anterior se definió ‘asentimiento’; en este capítulo, resumiré diciendo que es una prueba para la razón, es un proceso inductivo con el que se espera hacer un continuo examen de las creencias (Cooper, 18) en cada oportunidad que el individuo tenga para elegir una opción. El asentimiento es un reto a la habilidad individual de detectar falacias y distinguir las verdades de las falsedades, teniendo en cuenta que las ideas que construya el individuo a partir de ella son las que le afectan, no las representaciones ni lo que estas representan:

En seguida, pues, a toda fantasía perturbadora procura reprocharle: “fantasía eres y no, en absoluto, lo que parece”. A continuación, examínala despacio y ponla a prueba con los cánones que tienes, principalmente con este primero de si es acerca de las cosas que dependen de nosotros o acerca de las que no están en nuestro poder. Y, como sea acerca de alguna de las cosas que no dependen de nosotros, esté a punto lo de que “en nada me atañe”. (Enquiridión I)

De modo que la razón es la facultad con la que un ser humano puede diseñar un proyecto de vida que le permitirá conseguir sus intereses y alcanzar su bienestar, pues tener un perfeccionamiento de las virtudes y elegir su actuar de modo que se obtenga un bienestar mayor, son características de una persona que lleva una buena vida según los estoicos. Aquí vemos que el individuo tiene libertad para ordenar, clasificar y diseñar las cosas que están bajo su control, y, mientras se concentre en ello, se despreocupa por lo que pase fuera de su dominio.

2.3 Ocuparse de los asuntos propios es el mejor camino para la felicidad y la libertad

Epicteto, como sabemos, fue un filósofo estoico dedicado a la filosofía moral; pero también fue un esclavo de Epafrodito en Roma. A pesar de su condición de esclavo, Epicteto

se mantuvo tranquilo e imperturbable, aun bajo el mando de Epafrodito, y profundizó sus estudios en la filosofía estoica y desarrolló su propia ética para la vida.

Para Epicteto ser libre es poseer y gobernarse a sí mismo. El ser humano por naturaleza es libre, pues le ha sido dada, ya sea por la divinidad o por el orden natural del universo, una capacidad que lo hace libre de actuar en el mundo. Como vimos en la sección anterior, esa capacidad es la razón.

La libertad es posible para el individuo en la *prohairesis*: en las elecciones morales individuales. *Prohairesis* es la capacidad de elegir, por tanto, es responsable de los cursos de acción; una vez tomada una decisión respecto a una acción, será un deber para el individuo actuar conforme a su elección libre y deliberada.

Claramente no se habla de una libertad política, física o material, y no podría llamarse libertad, pues sería simplemente el cumplimiento de unas ciertas condiciones de bienestar material. La libertad humana para Epicteto comienza con el reconocimiento de que lo verdaderamente valioso es la virtud y esto es algo que depende enteramente de nosotros. Si está en nuestro poder lo más valioso, como lo es el perfeccionamiento y cultivo de la virtud, entonces somos libres. Por esto Epicteto insiste en que todo ejercicio de reflexión sobre nuestra condición vital inicie con la pregunta "¿esto depende de mí?". Frente a todo aquello que no depende de nosotros, lo que nos queda es cultivar la imperturbabilidad.

El control de las propias decisiones y deseos, en tanto es una manifestación de la libertad, supone también que es libre el individuo cuando sus deseos son dirigidos solo hacia las cosas que son seguras de conseguir. Por ejemplo, Epicteto habla de las invitaciones a

banquetes, explicando que el ser humano no debe afanarse por conseguir un cargo o una invitación, ni sentirse menospreciado si algo de eso no se consigue, pues que no lo consiga es el resultado de un curso de acción que ha tomado libremente:

De la misma manera ocurre también en nuestro terreno. ¿No has sido invitado al banquete de alguien? Es porque no le has pagado al anfitrión el precio por el que vende su comida: la vende a cambio de lisonjas, a cambio de una atención servil. Da, pues, si te interesa, el importa que se vende. Pero si quieres al mismo tiempo no soltar aquéllas y recibir estas cosas, eres insaciable y necio (Enquiridión XXV).

Como vemos, es libre la elección de pagar o no el precio de la comida, de dar o reservarse una atención con el anfitrión para obtener tal invitación. Sí es deseo del individuo ser invitado, seguro cederá a las exigencias. Pero no puede pretender ser invitado sin ofrecer algo a cambio (pues esto no depende de él sino del anfitrión), ni debería molestarse si no lo invitaron, puesto que sería improcedente.

Respecto a la imperturbabilidad frente a los sucesos que ocurren fuera del control de uno, Epicteto la considera la paz interior del individuo, ese estado que debe mantenerse a pesar de las circunstancias y que se ejercita o fortalece en esas mismas situaciones:

Comienza por tanto [a ejercitarte] a partir de cosas pequeñas. ¿Se te derrama el aceitillo? ¿Se te roba el vinillo? Di sobreponiéndote: “A este precio se ha de adquirir la calma, a éste sosiego”, que de balde nada se obtiene. Y cuando llames al esclavito, piensa que no puede no haber oído o, aunque haya oído, no ir a hacer nada de lo que quieres. Pero que su suerte no es tanta como para que dependa de él que no te llenes tú de agitación (Enquiridión XII).

Libertad es un término que en la filosofía de Epicteto se relaciona con el término *eudaimonía*, porque ambos son estados representativos del modo de vida virtuoso o de una vida *buena*. La libertad se manifiesta en la autodeterminación y la autonomía; es decir la capacidad de tomar decisiones sin ningún tipo de presión o compromiso más allá del propio, de modo que el actuar es elegido por el individuo según su conveniencia. Felicidad es un

término aparentemente simple debido a que se puede emplear en una amplia variedad de situaciones o contextos; lo cierto es que este concepto en realidad es muy difícil de definir dado que es polifacético y no se refiere únicamente a un estado de bienestar y alegría.

En la historia de la filosofía, desde los inicios de la filosofía griega de Platón, de coetáneos y sucesores, se ha identificado la felicidad con el término *Eudaimonía*, que se refiere a la plenitud de la vida o al florecimiento de esta, así como a una tranquilidad o paz interior. Es decir, que la *eudaimonía* se manifiesta como el resultado de llevar una buena vida; es un estado de complacencia con la vida propia y no se refiere a placeres ordinarios, sino a placeres morales o espirituales (Striker 99).

Para Epicteto el paso principal para ser feliz era la renuncia al deseo de las cosas que no se pueden tener o controlar y trabajar en las cosas que sí tenemos a nuestro alcance. De esa manera reconociendo las cosas que dependen y las que no dependen de nosotros, no perderemos esfuerzos ni encontraremos infortunio con estas últimas, sino que nos mantendremos tranquilos ocupándonos de las primeras:

Recuerda, pues, que si las cosas por naturaleza esclavas, las creyeras libres y las ajenas propias, andarás obstaculizado, afligido, lleno de turbación e increparás a los dioses y a los hombres; en cambio si sólo lo tuyo juzgas que es tuyo y lo ajeno, como realmente es, ajeno, nadie te coaccionará nunca, nadie te pondrá impedimento alguno, nada harás que no quieras, nadie te perjudicará: no tendrás enemigo, pues ni te dejarás persuadir de que haya algo perjudicial. (Enquiridión I)

Resulta que es feliz aquel que distingue y acepta lo que es ajeno y lo que es propio, y se manifiesta como un ser tranquilo capaz de aceptar o rechazar eventos o cosas según su criterio racional. La libertad es esa oportunidad del individuo de elegir o rechazar, ya sean representaciones, juicios o impulsos de acción; pero sobre todo es una facultad que le permite cuestionar, evaluar, reformular y reconstruir; va más allá de la decisión de asentir o rechazar

lo que se le presenta y deliberar si es conveniente o no. Ser libre implica justificar con juicios propios una acción, una opinión y una actitud. El individuo no puede transformar las cosas que suceden, pero todavía puede decidir si conservarlas como se le presentan o modificarlas para no alterar su tranquilidad.

Epicteto se refiere a la *eudaimonía* como un estado duradero y constante que se mantiene a partir de moderar las pasiones y las emociones, para mantenerse tranquilo frente a los sucesos del mundo que ocurren fuera del control del individuo mismo. Las pasiones y las emociones hacen parte de los individuos, por lo cual el actuar correctamente implica poder entrenarlas conforme a los apetitos del alma y no caer en ellas cuando son emociones o pasiones incompatibles con el dominio de sí mismo, como la ira o la tristeza.

Gabriel Antoine Gagin, en *Las pasiones en el estoicismo*, se refiere a las pasiones como motores de acción que encierran desmesura o pérdida del control. Se contraponen a la razón, porque estas son singulares o particulares y la razón es una facultad universal y constante. Además, las pasiones son variables, inconstantes, inestables, mientras que la razón es un elemento inmutable y permanente. La pasión es un estado o experiencia momentánea que interfiere con el estado natural de los individuos; lo que quiere decir que una pasión que se presenta ante un individuo racional no impide el ejercicio de la razón -puesto que para que la pasión se presente, se requiere razón-, sino que la razón debe asumirla y superarla.

Una de las claves para no ceder a las pasiones es poner como prioridad las necesidades y el perfeccionamiento del alma y subordinar las necesidades del cuerpo, pues la felicidad está en superar el estado de incompletitud, para no ir en busca de cosas innecesarias para el

alma. La prioridad para el estado de felicidad es la satisfacción interna, no la satisfacción que pueda provenir las cosas y sucesos externos al individuo.

La *felicidad* también es definida como la razón para actuar o el *telos* (fin) de la vida, como si se tratara del objeto de búsqueda en cada una de las acciones que se llevan a cabo. Claro está que sólo el hombre virtuoso, que persigue un modo de vida bueno sostenido en el desarrollo y en la perfección de las cualidades del alma, como la fortaleza, la templanza o la valentía, entiende que la felicidad está dada por el modo de vida conforme a la naturaleza, que es justamente el ideal de la filosofía estoica.

Según Julia Annas (2015) el eudaimonismo puede corresponder a la persecución del bien como objetivo de vida y, durante el proceso, el individuo puede convertirse en un ser virtuoso. Algo importante a tener en cuenta, es que no es virtuoso el individuo que realiza todas las acciones de manera correcta, o las que le representan un bien, porque aun cuando actúe de tal modo, puede ser interpretado por el individuo como un sacrificio o un infortunio por el que debe pasar, para después recibir un bienestar mayor. Frente a lo anterior Epicteto coincide expresando que es virtuoso aquel ser humano que entiende las acciones correctas como deberes, pero además tiende a ellas porque así lo desea, aspira a la virtud por ella misma, porque es ese movimiento el que suscita su alma cuando conoce el bien y va tras de él.

En ese sentido también puede decirse que la filosofía de Epicteto es emancipadora, pues, aunque en las escuelas se difundían o promulgaban cláusulas y manuales durante un periodo de formación y entrenamiento ‘dogmático’, sus enseñanzas iban más allá de repetir o memorizar. El estoicismo invitaba al examen de la vida propia a partir de los principios que

se enseñaban; aplicar y comprender dichos principios requería de constante atención y esfuerzo por parte de cada individuo, puesto que el material de ese estudio y examen era la vida propia. De ese modo, era posible para cualquier ser humano dar un sentido particular a la filosofía de Epicteto.

La apropiación de los principios éticos lleva a otro aspecto muy importante de la libertad, que es la particularidad, aquello que diferencia a un individuo de otro y que permite el sistema de cooperación en la sociedad por la variedad de roles de los individuos. Hay que tener en cuenta que los seres humanos somos seres sociales, por eso no puede omitirse la interpretación de la felicidad ni de la libertad desde el ámbito social.

En la sociedad hay una variedad de roles en los que cada individuo se desempeña; Epicteto habla desde los roles de hijo, padre, esposo, hermano, pero también incluye los escritores, panaderos, profesores, ingenieros y filósofos, por ejemplo. Son justamente esos roles los que definen al individuo, los que le aportan particularidades como los comportamientos, las acciones, incluso las aspiraciones, intereses u objetivos que le hacen diferente a los demás. Si hipotéticamente tomáramos a un individuo que no se ha relacionado nunca socialmente, este no tendría una idea de lo que significa libertad o felicidad. Es más, no podríamos ni siquiera definirlo como un individuo en vista de que no cumple con ningún tipo de rol o función, ni con características que le permitan formarse una identidad. El ser humano encuentra la felicidad en el desarrollo de sus roles, porque reafirma su libertad y porque reconoce que tiene un poder de acción en medio de todo un sistema del que hace parte; además, los roles en los que se desarrolla son también espacios donde el individuo puede buscar la virtud y así llevar una vida buena moralmente. La libertad tiene una

ambivalencia, porque el individuo persigue la libertad como una reafirmación de su existencia y particularidad, pero sin dejar de pertenecer a la totalidad en la que se desarrolla y en la que justamente puede reconocerse como un individuo libre (Marar 32).

Entonces el actuar libremente reafirma la particularidad de cada ser humano -lo que le hace diferente- en la generalidad de la sociedad. Es una capacidad que todos los individuos poseen por igual y que pueden desarrollar de diferente manera dependiendo de sus intereses, capacidades o destrezas. De ese modo la libertad también se representa en la auto-creación del individuo; esto es, cuando toma su vida como una obra de arte y le da sentido de acuerdo con sus conductas, su actuar y con sus intenciones o intereses. Según la filosofía estoica, los individuos han de participar como creadores, como tutores y maestros de sí mismo, a la par que van construyéndose como individuos y conduciendo su vida hacia sus ideales.

De igual manera, el camino a la felicidad implica hacer de sí mismo una obra perfecta, lo que resulta para el individuo en una sensación de realización, de florecimiento personal y de felicidad. Con respecto a ello, Germán Meléndez (2014) ofrece su interpretación a la auto-creación, mencionando que la vida propia es la materia del arte de cada ser humano. Uno de los elementos con los que *creamos* nuestra vida, es la razón; a partir de la razón, el ser humano responde a ¿cómo debemos vivir? y, como resultado, cada individuo actúa según su moralidad individual. Esta se refiere a una práctica de conductas y comportamientos justificados en los juicios y las deliberaciones individuales. Otros elementos para crear la vida propia son las emociones; sin embargo, hemos visto que las emociones se subordinan al ejercicio de la razón, teniendo esta última una mayor capacidad de deliberación en pro del bienestar y la felicidad.

La libertad que posee el individuo se refiere tanto a la libertad de vivir como quiera el individuo, como a la libertad del individuo frente a los obstáculos, descontentos o culpas. Cualquiera de las demostraciones de libertad perpetúa para el individuo el gobierno de sí mismo y la felicidad. Para el primer caso, se habla de un modo de vida deseable por el individuo que va de la mano con el orden superior; pero también con el *deber ser* (conductas y comportamientos aceptados y sugeridos por la sociedad). Dicen los estoicos que, en el alma de un individuo virtuoso, los deseos y anhelos están sincronizados con el *deber ser*, de modo que no se interpretan como obligaciones sino como una satisfacción por cumplir con lo que el alma persigue, esto resulta en una satisfacción con la vida y consigo mismo. Para el segundo caso, se habla de una liberación de las dificultades, de los malestares, de las desilusiones, remordimientos y culpas; esto le permite vivir sin preocupaciones y tranquilamente. De ese modo se ocupa solamente de las cosas que dependen de sí mismo, los juicios, impulsos, deseos y aversiones; y se libera de los otros asuntos: “Y las cosas que dependen de nosotros son por naturaleza libres, sin impedimento, sin trabas; mientras que las que no dependen de nosotros son inconscientes, serviles, sujetas al impedimento, ajenas” (*Enquiridión I*).

Esta cita de Epicteto nos recuerda y nos reafirma que en el sistema universal todo está sujeto a un orden superior y racional, las cosas externas a nosotros están bajo esa naturaleza, por lo cual no tenemos responsabilidad ni preocupaciones sobre ellas, sino únicamente por lo que concierne a nuestra individualidad.

Ahora bien, felicidad también se refiere a una satisfacción armoniosa con el mundo: el estoicismo sugiere que todo lo que existe está ligado por una ley natural, por una razón universal -superior a la razón individual propia-, conforme a la cual deberá actuar el individuo. Epicteto se refiere a querer que las cosas sucedan justo como suceden:

Cuando vayas a emprender alguna tarea, tráete a las mientes cuál es la naturaleza de ese quehacer...por ejemplo: “quiero ir a bañarme y que mi bien pensada decisión se mantenga en conformidad con la naturaleza”. Y del mismo modo para cada obra... “La verdad es que yo no quería solo eso, sino también seguir manteniendo mi elección de acuerdo con la naturaleza, y no la mantendré si me irrito con lo que sucede” (*Enquiridión IV*).

Puede entenderse a la naturaleza como un sistema holista en el cual el individuo es parte (con un comportamiento diferente a la totalidad) y se ve exigido a perpetuar el diseño de la naturaleza; se debe vivir según el orden racional de la naturaleza. Si el individuo cumple con el ideal de la ética estoica, puede decirse que ha alcanzado la felicidad.

Julia Annas (1993) explica que, para cumplir con el ideal estoico de vivir conforme a la naturaleza, primero hay que descubrir la naturaleza del cosmos y sus requisitos: uno de ellos es el deseo de preservación propia; otro es el impulso de la acción donde la razón es artífice. Después el individuo debe ajustarse a esos requisitos y de ese modo actuar conforme a la naturaleza. Se deduce de allí que lo fundamental no es la naturaleza humana, sino la naturaleza cósmica de la que la humana es parte.

Cuando un individuo descubre la naturaleza del cosmos, se da cuenta de que la racionalidad que posee y que le permite actuar de un modo correcto, es una facultad que poseen otros seres humanos y es un orden que rige a las otras cosas del mundo. Entonces, entre los seres humanos existe un parentesco que los generaliza o los reúne como símiles y es la razón. Pero también es la facultad de la razón la que les permite reconocerse como individuales, como particulares y como capaces de aportar para el sistema social; es ese poder de acción, ese darse cuenta de la libertad en el actuar y en la toma de decisiones la que hace feliz a un ser humano.

Retomamos la lista de los usos de razón del individuo con el fin de aportar otros dos usos propuestos en esta sección:

- a. Conocer las virtudes práctica y teóricamente.
- b. Practicar y perfeccionar estas virtudes.
- c. Conocer la diferencia entre placer y dolor; bueno y malo.
- d. Negar o asentir a una representación de dolor o placer; bueno y malo.
- e. Cuestionar y evaluar las representaciones individuales (las cosas que dependen de mí y las que no; así como las representaciones de fortuna o infortunio).
- f. La elección moral individual de un curso de acción.

De acuerdo con esos ejercicios racionales, al ocuparse de sus propios asuntos, el ser humano se reafirma como libre, pues, aunque se encuentra dentro de un orden universal, estos le permiten hacer un uso pleno de sus capacidades y sobre todo de su razón, que como vimos es un elemento liberador en el ejercicio de la reflexión y apropiación de principios éticos.

Las virtudes son un asunto humano, su perfeccionamiento y práctica también lo son. La razón permite la diferenciación entre bueno y malo (placer y dolor), que no son características del orden universal propios de sus elementos, sino juicios del individuo. Cuestionar y poner a prueba las representaciones es un ejercicio que desarrolla el individuo para saber qué curso de acción le resulta más beneficioso. Todo ello desemboca en la elección moral individual, que como vimos es una decisión libre que toma un sujeto a partir de la variedad de cursos de acción que se presentan en la naturaleza. Poder elegir

según sus juicios y su razón es vivir virtuosamente, pues se evidencia la disposición del individuo a hacer las cosas de manera correcta y a vivir de acuerdo con la naturaleza.

Para tomar el curso de acción más beneficioso, o más favorable, para cada uno de los ejercicios racionales, se debe tener en cuenta la aplicación y articulación de las ideas preconcebidas de Fisher:

- a. Solamente las cosas buenas son dignas de confianza
- b. Solamente lo que es digno de confianza no es inseguro
- c. x no es insegura
- d. x es digna de confianza (b y c)
- e. x es buena (del 1 al 4)

Donde “x” puede modificarse por alguna virtud (fortaleza, templanza o valentía) o por algún vicio (cobardía, ira o incontinencia); así mismo por una representación de dolor o de placer (la representación de la muerte como infortunio, o la representación de una invitación a un banquete como dicha). También por un curso de acción (llorar y lamentarse por la pérdida de algún ser querido o enorgullecerse por algún cargo asignado).

Tenemos entonces que son las decisiones y los juicios propios los que sugieren un curso de acción que deba tomar para conservar y maximizar el bienestar individual, por lo cual el hecho de que solo pueda ocuparme de mis asuntos no representa una limitación a mi libertad, sino una oportunidad de llevar una mejor vida y desarrollarla según yo quiera.

La facultad racional es la que libera al individuo y le permite alcanzar el estado de felicidad y libertad; por medio de la razón, el ser humano se da cuenta de que forma parte del universo, a la par se da cuenta de que forma parte de un sistema social que asigna roles para cada sujeto dentro de la sociedad o comunidad. En ese sentido, el individuo como parte de un sistema persigue su bienestar individual al mismo tiempo que contribuye o se encamina hacia el interés común; eso se debe a que la atención que presta a los demás está guiada por la idea de que los otros individuos ocupan un lugar dentro de la comunidad -totalidad- del mismo modo que yo ocupó un lugar y que debe haber un equilibrio entre las cosas que son buenas para mí y las cosas que son buenas para los demás. La razón individual se comparte con la razón universal, convirtiéndonos en cosmopolitas y priorizando los intereses del todo del que soy parte. Ese ejercicio de identificar la propia razón con la razón universal implica que el individuo deba ir más allá de una perspectiva individual y extrapolarse hacia una perspectiva superior.

Una vez el individuo se dé cuenta por medio de la razón, de que hace parte de una comunidad, una sociedad, un sistema y del universo mismo, siente una necesidad de desarrollar su rol (familiar, social, su lugar en el universo y sus particularidades) de la mejor manera. El ser humano busca en cada una de sus relaciones su bienestar y el bienestar de la totalidad, por eso al desarrollar de manera correcta sus roles y actuar correctamente, está contribuyendo a la consecución de los bienes comunes.

La racionalidad también puede entenderse como la divinidad o el poder divino interno de cada uno de nosotros (Fisher 81). Para el estoicismo, la divinidad nos ha heredado la facultad racional, de modo que tenemos algo que nos hace parecidos a los dioses sin dejar de

pertenecer a las demás criaturas del mundo (porque conservamos las emociones y las pasiones). Hacer uso de nuestra facultad racional es un ejercicio de hacerse uno mismo lo más parecido a dios; esto hace parte de la auto creación individual de la que se habló antes. La razón es la divinidad dentro de nosotros, que quiere nuestro bienestar y nos lleva a actuar del modo correcto para conseguirlo.

Para finalizar, al hablar de la felicidad, nos referimos a vivir de acuerdo con la naturaleza a partir de la posesión de bienes o virtudes morales como la fortaleza, la templanza o la valentía, y saber usarlas correctamente. Con respecto a los usos de las virtudes, Epicteto ofrece estos ejemplos:

En cada cosa que te acaezca, procura, volviendo sobre ti, averiguar qué poder tienes para servirte de ella. Si ves a un guapo o a una guapa, hallarás que el poder que tienes respecto a estas cosas es la continencia; si te asalta la fatiga, hallarás la fortaleza; si el ultraje, hallarás la paciencia. Y acostumbrándote de este modo no te cautivaran las fantasías. (*Enquiridión X*)

Una vez que el individuo tenga el conocimiento teórico y práctico sobre sus virtudes, libremente dará su asentimiento o rechazo a los impulsos de acción sugeridos por las representaciones con el ejercicio de la deliberación o el juicio racional.

La felicidad no es únicamente un estado psicológico o de conducta, sino que en la medida que el individuo actúe para conservar ese estado anímico, estará actuando racionalmente; es decir que la felicidad es también una actividad racional constante, que se da por el ejercicio racional de la deliberación o de los juicios, donde a la par se demuestra la capacidad que tiene el individuo de ser libre.

La felicidad es un estado de gratitud, el individuo agradece la oportunidad que tiene de afrontar y actuar a criterio propio frente a las situaciones, pero también es un estado de

indiferencia, con el cual entiende que la fortaleza para no dejarse afectar por las cosas externas a sí mismo reside dentro de sí. La felicidad es un continuo regreso hacia sí mismo, porque dentro de cada ser humano está la idea de bien, porque dentro de cada uno se encuentran los propósitos e intereses personales y es esa la guía para la buena vida.

Buscar la felicidad o el bien en las cosas externas a nosotros es un ejercicio banal, porque ni la felicidad ni el bien son cosas que podamos encontrar ahí afuera. Lo correcto es mirar dentro de nosotros, en nuestra naturaleza humana e individual y allí encontraremos la felicidad y el bien. ¿Qué hacer entonces con las situaciones que nos causan malestar? Si bien es cierto que no podemos cambiarlas, modificarlas, manipularlas a nuestro antojo, también es cierto que sí podemos moldearnos nosotros mismos para que esa situación no represente para nosotros un infortunio. Después de todo, nuestra vida es en parte orden natural universal y en parte orden natural individual; resulta provechoso que nuestra responsabilidad sobre las cosas que pasan sea negada, y entonces aceptamos que solo tenemos responsabilidad en las cosas que hacemos. Las cosas que suceden van a variar, son impredecibles y tienen su propia razón de ser, van a seguir su curso independientemente de si el individuo tiene -o no- malestar por ellas. La mejora de la situación individual depende enteramente del individuo: si puedo actuar de modo que la situación deje de presentármese como una desdicha, pues pongo todo mi querer y razón en que así suceda. Recibo el acontecer no como un infortunio, sino como una oportunidad de poner a prueba mis virtudes y la fortaleza de mi razón, de ese modo me perfecciono, me supero a mí mismo sin querer que las cosas sucedan de otra manera.

En el siguiente capítulo revisaremos cómo la teoría ética de Epicteto puede ser una guía hoy para hacer frente a algunos fenómenos del mundo contemporáneo como el

consumismo, la soledad y el aislamiento, entre otros. El propósito de revisar tal aplicación es examinar cómo el principio fundamental de la ética de Epicteto, reconocer qué depende de nosotros y qué no, nos permite fortalecer nuestra capacidad reflexiva y potencia nuestra capacidad de reconocer las cosas frente a las cuales es válido tener interés o preocupación y frente a cuáles se debe permanecer indiferente. Este ejercicio nos permite comprender mejor el mundo que nos rodea y cómo es correcto (o conveniente) comportarse en él. Se exaltará la importancia de la reflexión individual y eventualmente de la razón como elemento fundamental para permanecer felices, libres y perfeccionarnos como seres racionales.

El cultivo de nuestra capacidad reflexiva, examinar nuestros juicios constantemente, no solo nos permitirá enfrentar de manera distinta fenómenos del mundo contemporáneo sino que, además, nos da la posibilidad de hacer frente a uno de los fenómenos más inquietantes del mundo hoy y es la manera poco reflexiva y acrítica que se hace de la información que recibimos; esto revela que la manera en la que nos valemos hoy de nuestro uso de la razón sigue siendo mediocre, pero además potencialmente peligroso por la ansiedad, angustia y violencia a las que pueden inducir estos usos inadecuados de la razón y de la información.

Dejarnos llevar fácilmente por las opiniones que flotan en los medios de comunicación, en las calles, o incluso en nuestras casas, y aferrarnos a una idea sin cuestionarla, son maneras de vivir que impiden el crecimiento personal, la tranquilidad. Por otra parte, llevar un modo de vida demasiado agitado, con demasiadas preocupaciones por el futuro, por la economía o por la sociabilidad, también reflejan estos modos de vivir . Adicionalmente casi siempre se omite que es necesario hacer explícito cómo nos situamos frente a estos hechos; siguiendo a Epicteto, preguntarnos qué depende de nosotros y qué no.

Obras citadas

Annas, Julia. "The Stoics: Human Nature And The Point Of View Of The Universe". *The Morality Of Happiness*. New York, 1993, pp. 159-179

Annas, Julia. "Virtue And Duty: Negotiating Between Different Ethical Traditions". *The Journal Of Value Inquiry*, 2015, pp. 605-618.

Antoine, Francois. *Las pasiones en el estoicismo*. Universidad del Valle, 2006.

Boeri, Marcelo. "Observaciones sobre el trasfondo socrático y aristotélico de la ética estoica". *Ordia Prima*, 2004, pp. 107-146.

Cooper, John. "The Relevance Of Moral Theory To Moral Improvement In Epictetus". *The Philosophy Of Epictetus*, Andrew Mason and Theodore Scaltsas, 1st ed., New York, 2007, pp. 9-19.

Dragona-Monachou, Myrto. "Epictetus On Freedom: Parallels Between Epictetus And Wittgenstein". *The Philosophy Of Epictetus*, Andrew Manson and Theodore Scaltsas, 1st ed., New York, 2007, pp. 112-139

Epicteto, Flavio Arriano, y Paloma Ortiz García. *Disertaciones*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1996

Epícteto, José Manuel García de la Mora. *Enquiridión*. Barcelona: Anthropos.1991

Epicteto, Pierre Hadot, y Claudio Arroyo. *Manual para la Vida Feliz*. Madrid: Errata naturae, 2015.

Epictetus., and W. A. Oldfather. *Epictetus*. 1st ed., Cambridge: Harvard University Press, 1928.

Fisher, Jeffrey. "Epictetus's Moral Epistemology". *Epictetus His Continuing Influence And Contemporary Relevance*, Gordon Dane and Suits David, New York, 2014, pp. 77-87

Hamilton, Clive. *The Freedom Paradox: Towards A Post-Secular Ethics*. 1st ed., 2008, pp. 15-18, 239-243.

Marar, Ziyad. "Happiness: A Brief History". *The Happiness Paradox*. 2003, pp. 15-35

Meléndez, Germán. "Sobre el arte de vivir en Epicteto". *Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte*, 2014, pp. 271-310.

Striker, Gisela. "Ataraxia: Happiness As Tranquillity". *Oxford Journals*, 1990, pp. 97-110.

Capítulo 3: Epicteto hoy

El primer punto que debemos recordar para aplicar las enseñanzas de Epicteto a nuestros días es que somos seres racionales y que el desarrollo y perfeccionamiento de nuestra razón se da en el orden de los juicios, opiniones y posturas personales, así como en nuestro comportamiento social. De ese modo, individuos más reflexivos, conscientes, pueden contribuir en mayor medida a mejorar su entorno.

La razón es el elemento que libera al individuo. Al mismo tiempo, la libertad de acción hace que un individuo sea feliz y esté complacido con su vida. Son estos tres elementos, libertad, felicidad y razón, los fundamentales en la ética de Epicteto. Como vimos, esos elementos se conjugan de tal manera que cada situación se presenta ante el individuo como una oportunidad para demostrar y fortalecer sus virtudes, para reafirmarse como un ser libre y cultivar una vida feliz.

Reconocer que esos elementos y los ejercicios racionales que se expusieron en el capítulo anterior tienen validez en estos tiempos de crisis es el objetivo principal de este capítulo. Esto con el fin de mermar la visión negativa, pesimista y desalentadora que trae la situación de pandemia en estos días: hoy vemos el mundo como un enemigo, vemos la pandemia como un fenómeno que no nos deja salir a trabajar, a estudiar. Consideramos que limita las acciones de los individuos y parece entorpecer el funcionamiento de la sociedad.

Las enseñanzas de Epicteto pueden satisfacer ese objetivo de desvanecer esa visión pesimista del mundo en nuestros días, reconociendo que lo que juzguemos como negativo está fuera del control de los individuos, y como una oportunidad para fortalecer las virtudes del alma. Sin embargo, aun cuando no se estuviera viviendo una crisis en nuestros días, el problema sobre el que se construye este trabajo es la malinterpretación que se le da a la felicidad o a la tranquilidad, así como los pasos a seguir para conservar una vida feliz y tranquila. Se ha olvidado por completo el hecho de que residen en nosotros y no hace falta buscarlos afuera; es esta la causa de que la humanidad esté insatisfecha consigo misma y con todo lo demás.

En este capítulo se expone que, si suponemos que la causa de nuestro infortunio es externa a nosotros, y en consecuencia inmodificable, nos hace sentir alienados y desventurados. Sin embargo, uno de los elementos más valiosos en la propuesta de Epicteto es la razón y con esta facultad podemos reconocer, por ejemplo, que la pandemia acontece como una circunstancia en la que lo fundamental, lo que hace de una vida una vida buena - la reflexión, las acciones y las actitudes- todavía está en poder del individuo.

3.1 Liberarse de lo ajeno y comenzar a vivir

En la sección *La filosofía de Epicteto, un antídoto a la insatisfacción* del capítulo 1 se habían mencionado algunas características centrales del estoicismo en relación con la época en la que vivió y en la que desarrolló su filosofía, con el objetivo de contrastar cómo se desarrolla el estoicismo en su época y cómo podría darse en la nuestra. La filosofía estoica se ofrece como una visión del mundo y como una sugerencia del modo de actuar en él; durante esa época era considerada una medicina para los males del alma, es decir, para tratar con los malestares de culpa, ira o tristeza. El estoicismo como una filosofía de vida plantea un modo de vivir que aconseja a los individuos desapegarse de los bienes materiales, los reconocimientos sociales o los cargos políticos para adaptarse más fácilmente a las situaciones desfavorables.

El mismo Epicteto es una de las figuras que ejemplifica tal desapego, pues aún en su situación de esclavo, se dedicó su pensamiento sólo a sus estudios y, haciendo a un lado los deseos de poseer bienes materiales o cargos políticos, logró tener reconocimiento como

maestro y como filósofo; encontró libertad en su capacidad de razonar, de enjuiciar y de actuar frente a los hechos del mundo. De ese modo, Epicteto enmarca y representa una filosofía de desapego de los bienes materiales, como un antídoto a la insatisfacción, ilustrando él mismo la posibilidad de ser feliz y tener paz interior, aun cuando nunca adquirió bienes ni riquezas. En ese sentido, las ideas predominantes del estoicismo son “la esclavitud autoinfligida” y la “libertad mental”. (Long 2002)

La esclavitud auto infligida se refiere a las emociones, pasiones, sentimientos y deseos del individuo, que al ser excesivos y al no estar mediados por la razón, en lugar de estar bajo el control del individuo, controlan las acciones, opiniones y las decisiones del mismo, llevándolo por una vida viciosa de desmesura y placeres momentáneos cargados de males para el alma. De ese modo, es más peligrosa la esclavitud auto infligida, que cualquier esclavitud que encadene el cuerpo, pues quien es esclavo política o legalmente, puede conservar la libertad que le da su intelecto y la paz para su alma. Esa libertad de afrontar las situaciones de manera indiferente y concentrarse en enjuiciar y percibir las situaciones de modo que se acreciente la felicidad y el bienestar. Mientras que aquel que es esclavo de las pasiones y emociones excesivas, aun cuando tenga su cuerpo libre de cadenas y de jaulas, no vivirá plenamente, sino persiguiendo siempre algo que no es seguro de conseguir o que no está en su poder.

Como remedio para esa esclavitud, el estoicismo ofrece la libertad mental, un ejercicio que se caracteriza por la capacidad de tomar decisiones racionales a partir de juicios propios y apartarse de las influencias externas. Puede resumirse como la decisión individual de vivir una buena vida y de ser feliz sin depender de nada más que sí mismo. Entonces,

según el estoicismo, el ser no es el cuerpo, sino la voluntad. Y la voluntad es el lugar que corresponde a todo lo que le importa al individuo, los estados que quiere conservar y el modo de vida que quiere llevar. Para hacer un uso correcto de la voluntad, se requiere que el individuo haya entendido el orden de la naturaleza y las capacidades propias, para encaminar estas últimas a la primera. (Long 29).

Ahora bien, ya vimos en el capítulo anterior que la felicidad es una decisión propia, individual: depende del cultivo permanente de nuestra razón a través del examen continuo de las creencias, nuestro control de las emociones y la aceptación de lo que no depende de nosotros. Pero la felicidad es también un fin común y particular, de ahí que es difícil definirla globalmente. En la época de Epicteto, la felicidad era posible también en sociedad, porque el modo de vivir *bueno* o *virtuoso* involucraba la relación con los otros y tomar como ejemplo a las deidades respetadas de esos tiempos, en *Enquiridión* Epicteto se refiere a esto:

Recuerda que debes comportarte como en un convite. ¿Llega junto a ti algún plato de los que se hacen circular? Alarga la mano y toma con moderación. ¿Pasa a tu lado? No lo retengas. ¿Tarda en llegar? No lances ya desde lejos sobre él tu deseo, sino espera con paciencia a que esté junto a ti. Pórtate así respecto a tus hijos, así respecto a tu mujer, así respecto a los cargos públicos, así respecto a la riqueza, y un día llegarás a ser digno convidado de los dioses. Pero sí, además, no tomas nada de lo que te ponen delante, sino que lo miras con desdén, entonces serás no sólo convidado de los dioses, sino hasta su colega en el gobierno del mundo. Pues por obrar así es por lo que Diógenes y Heráclito y sus semejantes merecidamente fueron y se les llamo divinos (*Enquiridión* XV).

También el hombre como sujeto social resultaba de suma importancia para la filosofía de Epicteto, porque se preguntaba por las implicaciones que el actuar de un hombre tenía en el actuar de otros y en el funcionamiento de la sociedad. En la época en la que se desarrolló el estoicismo de Epicteto, la vida virtuosa de un individuo expresaba, entre otras cosas, una disposición para hacer el bien, tanto para sí mismo, como para los demás. Esto, porque todos los individuos hacían parte de la sociedad con igualdad de participación y con intereses

compartidos. Así que, cuando se identificaban unos individuos con otros de la sociedad, el bienestar de uno significaba el bienestar de otros y de la sociedad en conjunto.

Una de las enseñanzas más importantes de esa filosofía fue que para tener una vida ética, virtuosa o sabia, no hacía falta evitar las responsabilidades que genera la sociedad, sino buscar el bien en esas relaciones y roles; esto permitía que el actuar se diera conforme a la sociedad y a la razón universal. Puede parecer que la sociedad correspondía a ese grupo de cosas que no dependían de los individuos y que no había razones para hacer esfuerzos en pro de su bienestar o mejora. Pero como la virtud es algo que debe extenderse del individuo a la sociedad, es allí donde se hacía visible su virtud o su vicio. De manera que resultaba importante centrar sus esfuerzos en esa esfera, porque allí se demostraba la capacidad individual de actuar conforme a la sociedad y a la naturaleza del universo. Esto no se entendía como un ejercicio de sometimiento o influencia hacia los otros para que actuaran virtuosamente, y así obtener una sociedad conforme a la naturaleza universal; antes bien, cada individuo tenía un interés particular y personal en que las cosas sucedieran de ese modo. Cada individuo en la sociedad actuaba virtuosamente con voluntad propia, actuaba conforme a la naturaleza. Así, con todos los individuos aspirando a la armonía con la naturaleza, se consiguió una sociedad que funcionaba de acuerdo con el orden superior.

Hablamos antes de que la posibilidad de emplear la razón para deliberar es un ejercicio de libertad que procura felicidad; esta felicidad parte de darse cuenta de que aun desempeñando un rol que no ha sido escogido propiamente, el individuo participa activamente para unir la racionalidad personal con la naturaleza del universo o la razón universal (Quiroz 141). De este modo, al obedecer a la propia razón, se acata, y se es parte

activa de la razón del universo. Este proceso de atender a la razón en pro de una vida virtuosa es considerado un progreso en la filosofía de Epicteto, toda vez que partimos de las acciones individuales para concordar con la sociedad e implica armonía con la naturaleza universal.

Con respecto al orden de la naturaleza, en la siguiente cita, Epicteto propone que el propósito del hombre estaba ligado con los propósitos que la divinidad tiene y que eran los propósitos de la divinidad los que construyen los propósitos individuales:

Hombre, tu propósito era hacerte capaz de usar de acuerdo con la naturaleza las representaciones que te vinieran, sin frustrarte en tu deseo, sin caer en lo que aborreces, sin ser nunca infortunado, nunca desdichado, libre, sin trabas, incoercible, adecuándote al gobierno de Zeus, obedeciéndole, complaciéndole, sin hacer reproches, sin hacer reclamaciones, capaz de decir estos versos con toda tu alma: Guíame, Zeus, y tú, Destino (*Disertaciones*. 2. 23).

¿Qué es lo que hace al hombre libre de impedimentos e independiente? No lo hace la riqueza ni el consulado ni la realeza, sino que ha de hallarse alguna otra razón. ¿Qué es lo que nos hace libres de impedimentos y trabas al escribir? El saber escribir. ¿Y qué al tocar la cítara? El saber tocar la cítara. Por tanto, también al vivir el saber vivir (*Disertaciones*. 4.1).

En este último fragmento se reafirma el individuo como un artista que hace de la vida su instrumento para la práctica de una técnica y, de la misma forma, se resalta que aquello que nos hace libres al vivir es el saber vivir. La comparación corresponde a la aceptación de que las cosas suceden de acuerdo con el parecer de la divinidad y, de este modo, al propio. Es decir, que aun cuando los dioses o la naturaleza del universo pueden regir el acontecer del universo, la razón individual permite actuar en conformidad con él.

La sabiduría de la filosofía estoica admite que la razón individual que regula las acciones de cada ser humano pertenece a la razón universal que rige el comportamiento de todo cuanto hay. Adicionalmente, la libertad y la *eudaimonía* una vez más se encuentran estrechamente relacionadas respecto al saber vivir; pues en la época de Epicteto, la vida

virtuosa implica obediencia a los dioses. En esa medida, si la libertad se ejerce de tal modo que se actúe conforme a los designios divinos, el individuo será digno de ser guiado y atendido por los dioses, dejándoles a esto su fortuna, y esto será para él signo de felicidad y tranquilidad.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que, si la facultad racional es una herencia de los dioses a los seres humanos, entonces podemos referirnos a la razón como la divinidad dentro de nosotros (Dyson 2009); en ese sentido, es una parte superior del yo (una facultad que subordina a las otras facultades humanas) que se debe obedecer y honrar como a cualquier otra divinidad. Esto implica que la responsabilidad con la moral no solo radica en los juicios y en las deliberaciones, sino en un actuar virtuoso. No se atiende a la razón por momentos, ni se usa solo cuando sea necesario (así como no se deja de creer en un dios de un día para otro), sino que la obediencia a la razón debe ser continua, permanente, consistente con el actuar en la vida. Además, atiende al conocimiento de sí misma, de las demás facultades humanas y de lo bueno y lo malo, para así mismo actuar en pro del bienestar.

De igual manera, se había mencionado que cuando un individuo no es virtuoso, es porque no hace caso a su razón o porque no actúa conforme a ella; y no actuar conforme a la razón, es, a su vez, no vivir de acuerdo con la naturaleza humana ni a la naturaleza universal. Además, las acciones que son mandato de la razón son correctas, la razón aconseja y orienta hacia las cosas buenas, hacia las representaciones correctas. En ese sentido, se dirá que quien no es virtuoso no obedece a su divinidad interior y podríamos interpretar que el llevar una vida con infortunio es el castigo por la desobediencia a su divinidad interna, a su razón.

En todo caso, el infortunio por desobediencia a la razón o a las divinidades es mucho mayor que el mal que se le pueda ocasionar al cuerpo (Stockdale p3), pues no obedecer a la razón es ser preso de las pasiones, de las emociones excesivas y de las ideas vagas, de las creencias. Entonces, la libertad es un estado otorgado por dios, por nuestro dios, por nuestra divinidad interna.

3.2 Ser estoico hoy

Se había mencionado en secciones anteriores que el estoicismo, como filosofía que promueve una forma de vida, busca una comprensión de principios fundamentales que tienen un potencial ético. El reconocimiento de lo que existe y de su funcionamiento, su aspecto metafísico, es esencial para comprender el funcionamiento del mundo; la ética, por su parte, es una suerte de comprensión acerca de cómo debemos actuar en él. Si, por ejemplo, describimos la situación de pandemia actual, diríamos que la crisis sanitaria tiene el control sobre las relaciones sociales, sobre la economía y sobre los sistemas de gobierno; es decir, que el mundo funciona ahora bajo un manto de terror al contagio, de miedo a la muerte, de preocupación por la carencia de bienes, de empleo y de dinero. Un ambiente de inseguridad y de vulnerabilidad. Esta crisis hace que añoremos el mundo pre pandémico como uno ideal y que, dados los cambios que ha tenido nuestra vida, ahora busquemos nuevos referentes para hacer del mundo algo consistente y tener una guía para saber cómo comportarnos en estos días.

La ética se refiere al conjunto de prácticas que dirigen la vida y el actuar de los individuos hacia un buen vivir, hacia una buena vida; vimos que en la filosofía de Epicteto la moral consistía en liberarse de las influencias externas y concentrar los esfuerzos en las

áreas individuales que conducen a la felicidad individual (juicios, opiniones, elecciones). Además, iba de la mano con la sociedad, encontrar en el sistema social la manera de conseguir una vida buena y feliz en la relación con los otros.

Si aplicamos esa ética a nuestra situación, lo primero que debemos hacer es cambiar esta visión del mundo: “un planeta controlado por la pandemia que agota nuestras posibilidades de acción”. Si examinamos esto a la luz de la filosofía de Epicteto, lo que debería resultar evidente es que este no es un evento que deba arrebatarnos la tranquilidad, la felicidad ni la libertad. Hay que recordar el segundo postulado de la filosofía de Epicteto, *sobre las cosas que dependen y las que no dependen de nosotros* y ubicar en esas dos categorías las siguientes cosas:

- a. La pandemia
- b. La carencia de bienes, de empleo y de dinero
- c. El miedo a la muerte o al contagio
- d. La preocupación por la carencia de bienes
- e. La inseguridad y vulnerabilidad de los individuos

Los numerales a y b son hechos del mundo sobre los que el individuo no tiene control alguno, más bien debe permanecer indiferente ante ellos y concentrar su atención en su propio modo de actuar. La pandemia es el escenario donde el individuo debe ejercer su razón para perpetuar sus estados de felicidad y libertad. Por su parte, los numerales c, d y e sí dependen

totalmente del individuo y debe trabajar en ellos para disminuir las emociones negativas y exaltar las emociones positivas.

Para lograr esa clara diferenciación, el individuo reflexiona sobre las posibilidades de acción que tiene de acuerdo con la situación en la que se encuentra, y aun si es la más desfavorable, persigue su bienestar, su perfeccionamiento y su felicidad, puesto que eso es lo que corresponde a la vida virtuosa.

Actualmente el ser humano recibe impresiones de un mundo donde la pandemia está presente en todos los países; a partir de estas impresiones se formulan representaciones, proposiciones con contenido intencional que dan un significado a las impresiones, por ejemplo:

Ra. La pandemia es un evento trágico por todas las muertes que produce.

Esta es una representación que sugiere por un lado que la muerte es un hecho infortunado, y que, al ser consecuencia de la pandemia, este hecho también es desafortunado. Asentir o afirmar esta representación puede traer malestar enorme para el individuo, miedo y tristeza, pero rechazarla puede ayudar a mantenerse tranquilo, indiferente y a trazar un curso de acción que le permita vivir virtuosamente. Asentir o rechazar es el resultado de una deliberación, un ejercicio para el cual se emplea la razón; esta es la facultad superior del individuo frente a las demás características humanas, que dirige las acciones del individuo hacia la vida virtuosa. Un individuo capaz de actuar conforme a la razón también debe tener mesura, prudencia, justicia y valentía, capacidades que contribuyen para que se tome un curso de acción con vistas al bienestar individual.

Al inicio de la pandemia, la gente entró en pánico y buscó tener suficientes productos almacenados en su casa para satisfacer las necesidades que se pudieran presentar durante el encierro. Esto tuvo como consecuencia en algunos lugares acaparamiento y se impusieron por un tiempo restricciones a la cantidad de productos que podían comprarse. Más adelante se popularizó el uso de tapabocas, de gel antibacterial, de guantes e incluso de trajes para evitar que la enfermedad ingresara en el cuerpo. Sin embargo, seguir todas esas medidas no disminuye la preocupación por la pandemia ni el miedo al contagio o a la muerte. Estas medidas de protección, aunque son importantes para evitar la propagación del virus y conservar una sociedad sana y ordenada, no son suficientes para sentir que hayamos vuelto a una vida plena. Si bien es cierto que juzgamos como una vida plena la vida prepandémica por la libertad para movilizarnos o la posibilidad de vernos con nuestros seres queridos y amigos, esta vida no puede considerarse realmente plena, para ello hace falta usar correctamente las representaciones para conservar el estado de tranquilidad y felicidad.

Podemos agregar a la lista de las cosas que debemos clasificar en las cosas que dependen de nosotros y las que no a la felicidad individual (p.45 de este documento):

- a. La pandemia.
- b. La carencia de bienes, de empleo y de dinero.
- c. El miedo a la muerte o al contagio.
- d. La preocupación por la carencia de bienes.
- e. La inseguridad y vulnerabilidad de los individuos.

f. La felicidad individual.

Este numeral f, al igual que el c, d, e, pertenece al grupo de las cosas que están bajo el control del individuo. Ahora examinemos representaciones en las que esté implicada la felicidad:

Rb. La pandemia no permite que los individuos sean felices porque nos cohibe y limita.

Rc. La felicidad depende del empleo, del poder adquisitivo y de la cantidad de bienes materiales que se posean.

Rd. Si tengo problemas en mi vida, no puedo ser feliz.

Una última representación la formularé desde la conclusión en el argumento de Fisher (p. 24 de este documento) y la clasificación de hace un párrafo:

Re. La felicidad es buena y depende de nosotros mismos.

Vimos que para encaminar una vida virtuosa hay que hacer un buen uso de las representaciones, solo una de las anteriores puede dirigir correcta y convenientemente un curso de acción, veremos por qué.

Usar las representaciones de manera correcta implica reconocer la diferencia entre creencias y conocimientos, esto lo vimos con Boeri en la segunda sección del primer capítulo. Las creencias se refieren a ideas sin fundamento racional, los conocimientos son ideas deliberadas y aceptadas. Actualmente pareciera que no hiciéramos esta diferenciación y se defienden las creencias como conocimientos; el problema es que las creencias no deben

conducir nuestras acciones, los conocimientos sí. De las representaciones mencionadas anteriormente, Rb., Rc. y Rd. son creencias, justificaciones de lo que se piensa, cómo se afronta y cómo se actúa frente a los hechos que están sucediendo. Por su parte, Re. se sostiene en el conocimiento moral de que la felicidad es buena y perpetuarla corresponde a un acto virtuoso.

Examinemos otras dos representaciones:

Rf. La pandemia es un engaño del gobierno para tenernos encerrados en nuestras casas y hacer con el país lo que los dirigentes quieran.

Rg. Beber cloro no evita el contagio del virus, por el contrario, causa graves afecciones al sistema digestivo.

Rf. es improbable, es un rumor para responsabilizar a alguien de los hechos y consecuentemente que se encuentre una solución. Mientras que Rg. se sostiene sobre estudios realizados en Latinoamérica, por médicos y especialistas.

Deben ser los conocimientos y no las creencias las que determinen el actuar del individuo. Con todo, sobre las creencias hay que reflexionar y deliberar, para conservarlas o desecharlas; en cuanto a los conocimientos, hay que aplicarlos a nuestras vidas a través del actuar y apropiarnos de ellos para conducirnos a una vida buena.

Como se mencionó antes, la falta de la reflexión individual produce que los sujetos desvíen sus esfuerzos hacia las cosas materiales (provisiones y protecciones para el cuerpo) y se olviden de lo fundamental, cómo se sitúan de una manera independiente frente a este fenómeno. ¿Cómo, aun en circunstancias adversas, es posible cultivar una manera de ser que

nos permita hacer frente a los sucesos no solo pensando en suplir necesidades básicas y sin atender a lo relevante de los hechos? No hay que olvidar que la pandemia es externa al individuo, y que lo que él pueda hacer para controlarla es insuficiente. El estoicismo, sin embargo, nos invita a reorientar los esfuerzos hacia las cosas que dependen de nosotros y cambiar la visión negativa que tenemos del mundo, para ver cómo se puede actuar conforme a él. Es justamente eso lo que hay que cambiar de nuestra actitud con el mundo, y el estoicismo servirá como mecanismo para lograrlo.

Lo primero que tendremos en cuenta es la interpretación inadecuada de la felicidad en nuestros días (Rb., Rc. y Rd.). La *eudaimonía* para el estoicismo y según las enseñanzas de Epicteto, podría definirse desde las nociones de: control sobre sí mismo, tranquilidad y aceptación frente a lo que está fuera del control propio, y confianza en la razón para elaborar juicios, que corresponden a lo que está dentro del control propio.

Definida de esa manera, la felicidad es una actitud o una postura del individuo frente a todo lo demás, no se define desde el placer, sino desde la razón; contrario a lo que sucede en la sociedad actual, en la que las satisfacciones inmediatas se confunden con la felicidad. Esto tiene como resultado que valoremos la felicidad de manera errónea, identificándola con posesiones, estados de placer, etc. Y, aun así, mucha gente no se siente plena.

En la sociedad de Epicteto, las exigencias sociales variaban según el rol social que se tuviera, pero para los ciudadanos estas versaban sobre el cuidado del cuerpo, (gimnasia y medicina) y el cuidado del espíritu (la poesía, escritura, música y demás). Estas exigencias, como lo mencionábamos anteriormente, si bien tienen un interés propio y se cumplen en el

actuar individual de cada uno, estaban mediadas por un mayor o menor reconocimiento social, según la ocupación.

En el marco de la ética estoica pretender reconocimiento o mérito, resta valora las acciones de un individuo; quien actúe de manera correcta tiene que hacerlo para sí mismo, no para ser exhibido ante los demás como alguien virtuoso:

Cuando te hayas ajustado a la frugalidad para con el cuerpo, no te envanezcas por ello; ni, si sólo bebes agua, andes diciendo a cada paso que tu bebida es el agua. Y si quieres ejercitarte alguna vez en [aguantar] un dolor, hazlo para ti mismo y no para los demás; ¡no te abracés a las estatuas! Más bien, cuando estés muy sediento, toma un sorbo de agua fresca, escúpela inmediatamente, y no se lo digas a nadie. (*Enquiridión*. XLVII)

La virtud se reconoce como una actividad que el individuo realiza para sí mismo, que persigue por ella misma, porque ese es el camino para la buena vida y actuar de ese modo conduce a la felicidad. Desde esa interpretación, es evidente un punto que dificulta que se pueda hablar de felicidad actualmente: primero, erróneamente se reconoce la felicidad en el poder de adquisición, en la abundancia de bienes y recursos, e incluso en las relaciones interpersonales. Segundo, la pandemia ha dejado a muchas personas sin empleo, de ahí se sigue que el poder adquisitivo disminuye y al no tener tantas cosas como quisiera, el individuo se frustra y culpa a la situación actual de su desventura. Del mismo modo, el encierro o aislamiento social limita las relaciones interpersonales y, aunque es cierto que la felicidad y el bien se encuentran también en las relaciones y roles sociales, tampoco hay que depender de ello para ser feliz, ni forzarlo, si la naturaleza del mundo es contraria a ello.

Otra cuestión cabe destacar es que la felicidad no se debe traducir como un estado libre de problemas: no hay que dar por sentado que una vida feliz es una vida libre de preocupaciones. De igual manera, el primer paso para solucionar esos problemas, en

consonancia con la postura de Epicteto, es revisar con qué actitud se enfrenta cada uno, si se examina qué depende y qué no de nosotros. no con el abandono o con un cambio de rumbo.

No es solo el hecho de no saber cómo enfrentar los problemas, esta sociedad y cualquier otra sociedad capitalista promueve un modelo de vida insatisfactorio que tiene lugar por la constante necesidad de producción y la múltiple oferta de productos. En este sistema económico está presente la malinterpretación que se le da a las relaciones interpersonales como una forma de competencia por un mayor bienestar individual traducido en riquezas o lujos. Nuestra época tiene como característica principal la insatisfacción. Por esa razón, se toma la felicidad como el poder de poseer y no como una actitud, no se es feliz con la vida misma; al contrario, todo el tiempo se persigue otro tipo de vida.

Tal vez ese sería el último elemento para resaltar, a saber, que el tipo de vida que se promociona actualmente es un estilo de vida productivo y adquisitivo, lo que significa que entre más se adquiera, más “feliz” será un individuo y para adquirir más, se debe trabajar, esto es, producir. Se trata de un círculo social que despoja al individuo de la felicidad propuesta por Epicteto, una felicidad reflejada en la libertad y en la tranquilidad, y lo arrastra a una “felicidad” orientada por la codicia de los bienes materiales.

Adquirir bienes puede parecer una libertad para el hombre, dado que es el mismo quien se domina. No obstante, este ejercicio lo realiza bajo la coacción del sistema económico y social, dando paso a la autoexplotación. Cuando el sujeto es explotado por otro, no siente un mínimo de libertad y generalmente hay violencia por parte del verdugo, aunque en este caso el sujeto se convierte en su propio verdugo; por lo tanto, al no identificarse como la fuente de su propia pérdida de libertad cree falsamente que es libre. Se malinterpreta la felicidad,

porque lo que sucede en realidad es que el sujeto se utiliza como un medio para que el sistema económico prospere, en tanto que él no consigue una satisfacción personal completa. Esto es característico de la sociedad de rendimiento¹.

Lo que pretendo decir es que la ética sostenida en discursos de otras autoridades - como la autoridad del discurso productivo- requiere principalmente una reflexión individual, un examen, un cuestionamiento y una apropiación o modificación (depende de sí se asiente a todo el discurso de autoridad o no) sobre ello; de la mano con lo anterior, se promueve que cada persona pueda sostener y justificar por sí mismo su actuar, a la par que vive feliz haciendo un uso correcto de su razón.

Todo ese ejercicio racional le recuerda al individuo que no está en el mundo sencillamente para habitar y morir; más allá de eso, está en el mundo para ser con el mundo y para crear tanto ese mundo, como a sí mismo. Para los humanos, es difícil concebir que el mundo sea una trama de causas y efectos. Como lo menciona Fernando Savater en “Las preguntas de la vida” (2008), el mundo es más bien un tejido de significación con el que se interactúa, significación que no está allí en el mundo ni es propio del mundo; lejos de eso, es una relación entre lo que sentimos con el mundo y lo que entendemos de ese sentir -el pensamiento y el entendimiento-. Cuando Savater habla de habitar el mundo, lo que quiere decir es que no se trata solamente estar en el mundo y reaccionar ante el mundo, ese habitar se refiere a ‘actuar’ en un sentido fuerte de la palabra: reconocerse en el mundo, tomar partes

¹ Byung-Chul Han *La sociedad del cansancio* (2012).

del mundo e identificarse con ellas y ser con el mundo porque, en efecto, el hombre es parte de ese mundo con el que interactúa cada día, es parte del gran sistema que es el universo.

Ese modo de ser implica que el sujeto va inventando el mundo y transformándose; no se refiere a un acto de crear en el sentido de sacar algo de la nada, sino proceder a partir de las cosas que ya ofrece el mundo. Justamente debe ejercitarse en el conocimiento de las normas y lo que nos rodea, nos van mostrando cómo llevar a cabo ese ejercicio; no es genético ni algo hereditario el impulso de crear, es sencillamente un instinto *humano*, la vocación por hacer del mundo algo nuestro, pleno de significado.

Hay que tener en cuenta que como el individuo se desarrolla en sociedad, el ejercicio individual de la razón promueve la capacidad de revisión a los preconceptos morales y así logra sentirse identificado con la concepción de los valores que adopte. De ese modo, el individuo toma la vida como arte en la medida en que reconstruye con fundamentos propios la moral que regirá su estilo de vida. De forma simultánea el individuo hará uso de la libertad como auto creación, porque justamente esos nuevos valores que determinan su estilo de vida le proporcionarán una identidad como sujeto moral.

Gran parte de ese proceso de autocreación implica nutrir los conceptos morales, como correcto, incorrecto, bueno y malo, que han sido adoptados desde hace años y que se consideran como datos preestablecidos y verídicos. Nutrir esos conceptos implica una comprensión de la fundamentación sobre la que se sostienen los conceptos tradicionales inculcados y pensar por sí mismo si dicha fundamentación tiene vigencia en nuestros días. Además, para crearse así mismo, se debe reflexionar sobre la vida que se está viviendo y

preguntarse si es posible vivir mejor (Annas 2015 608), reflexión que implica replantear y cuestionar las creencias que se tienen en un momento dado.

Es importante recordar que, como dice Braicovich, “toda determinación es interna, en tanto que requiere de la meditación de nuestro asentimiento” (149), lo que quiere decir que a pesar de que las ideas preconcebidas sobre la moralidad estén interiorizadas en los individuos por la enseñanza de la tradición, estas no deben convertirse en creencias sólidas ni mucho menos ser supuestas como verdades, no sin antes hacer un examen racional o deliberativo sobre ellas. Las creencias resultan ser verdaderas porque se cree en ellas, es decir que la voluntad de los individuos para creer es lo que hace verdaderas las creencias y no se cree en ellas porque sean verdaderas. Entonces son los individuos mismos quienes sostienen las verdades, por consiguiente, es fundamental que se apropien de ello y la mejor manera de hacerlo es aplicando razón, haciendo deliberaciones. Epicteto se refiere a la importancia que debe darse a la deliberación para considerarse dueño de sí mismo en

Disertaciones:

Mira tú, que vas a un juicio, qué quieres conservar y a dónde quieres ir a parar. Pues si quieres conservar el albedrío conforme a naturaleza, tienes toda la seguridad, toda la comodidad, no tienes problemas. Si pretendes conservar lo que hay en tí libre e independiente por naturaleza y te basta con eso, ¿qué podrá apartarte de ello? ¿Quién es dueño de ello? ¿Quién puede arrebatártelo? Si quieres ser respetuoso y honrado, ¿quién no te lo va a permitir? Si quieres no verte obstaculizado ni forzado, ¿quién te forzará a desear lo que no te parece deseable, ¿quién a rechazar lo que no se te muestra rechazable? ¿Y qué? Te amenazará con algo que se considere temible, pero ¿cómo puede conseguir que lo experimentes con rechazo? Por tanto, mientras esté en tu mano el desear y el rechazar, ¿de qué te preocupas? Para ti eso ha de ser el exordio, eso la exposición, eso la prueba, eso la victoria, eso el epílogo, eso la aprobación (2.2).

De este último fragmento podemos rescatar la razón individual y con ella el poder que tiene en la moral. Así, los individuos vencen los límites y los prejuicios impuestos, así es como se establece valor y determinaciones para sí mismos de forma simultánea que se

conserva y se verifica la vida. Dado que la vida es el material con que el hombre realiza su obra, al lograr dotar de valores fundados en la razón al sistema moral que regirá su vida, él se conserva como un individuo libre y feliz, enteramente dueño de sí mismo.

Es necesario entender que los sistemas morales que son ofrecidos ahora en la sociedad vienen de otras realidades, de otros momentos históricos con diferencias en las comunidades y en la política. En consecuencia, hay que repensarlos para examinar si tienen vigencia en el contexto propio —o no—, en vista de que fueron creados en “otra realidad”.

El individuo actúa para vivir, pues en ese actuar es donde se destacan sus particularidades, su importancia para la sociedad; es por ello que el individuo participa en los sistemas sociales y políticos como una reafirmación de su propia vida y existencia. En los sistemas sociales, los individuos encuentran su valor personal, la importancia que tienen en el sistema. Este valor se compone, entre muchas otras cosas, del valor moral de cada persona, que debe ser encontrado por el sujeto mismo, posteriormente desarrollado o enderezado, pero, sobre todo, cuidado y preservado a lo largo de toda la vida.

Si se aplica más reflexión individual a las creencias sobre las que se camina a lo largo de la vida, habrá una mayor consciencia sobre el camino que se está recorriendo a lo largo de la vida. Además, se recupera la unidad primordial, el sentirse uno con la naturaleza, dado que el universo tiene un orden racional que rige al ser humano también, pero lo que hace diferente al ser humano de las demás criaturas o especies es justamente que puede hacer uso de esa facultad. Entonces en cuanto más se ejercite esa facultad, más cerca se está de comprender el orden del universo y más sencillo será llevar una vida tranquila y feliz; puesto que se comprende cómo suceden las cosas y se participa activamente de ello.

Las decisiones son una prueba al intelecto: cuando la decisión se toma de manera racional, puede referirse a un encuentro o unificación con el orden de la naturaleza puesto que ese orden es enteramente racional y los humanos han sido dotados con esa facultad también; entonces al momento de la deliberación estamos entre actuar conforme a la razón (lo que es el orden natural) o no hacerlo. Al razonar y escoger una opción, si es correcta, se regresa al sentimiento de unidad con la naturaleza; si no, nos alejamos de esa unidad.

Los seres humanos dan sentido a su vida cuando hacen lo que les corresponde y lo que quieren en la relación con los otros (que ya está determinado y es solo cuestión de voluntad que se realice), en la diversidad de organizaciones, de situaciones y contextos. Entonces la felicidad debe ser justamente ese ser con el mundo y el hacer en el mundo. Cuando realizamos la acción que tenemos asignada, nos encontramos felices y deseamos mantener ese estado, por eso continuamos realizando la acción según nuestra sincronía con la naturaleza y por eso es importante seguir practicando el ejercicio de la razón. Del mismo modo, cuando no podemos cumplir algún deseo o deber, tenemos malestar, como la culpa, por ejemplo. La felicidad es la actitud que tenemos cuando actuamos con el mundo, cuando somos con el mundo y mantenerla es lo que nos invita a seguir actuando en unión con el orden de la naturaleza y a seguir haciendo uso de la razón.

Le encontramos sentido a nuestra vida cuando hacemos lo que nos corresponde, lo que queremos en la relación con los otros, en la diversidad de organizaciones, de situaciones y contextos. Entonces la felicidad debe ser justamente ese ser y el hacer. Cuando nos encontramos realizando la acción que nos llevará al bien o que nos traerá bienes para nuestra vida, nos encontramos felices, por eso deseamos mantener ese estado, por eso continuamos

realizando la acción según nuestra sincronía, por eso cuando no deberíamos sentir malestar cuando no podemos cumplir algún deseo o deber. La felicidad es el estado que tenemos cuando actuamos con el mundo, cuando somos con el mundo y mantenerla es lo que nos invita a seguir actuando, es causa, porque de ese estado parten nuestras acciones, y es consecuencia, pues la búsqueda de esta es un anhelo por mantener ese estado.

Con respecto a la pandemia, si bien es cierto que no podemos cambiar o controlar la situación que atemoriza a los individuos actualmente, sí podemos tomarla como una oportunidad de fortalecer nuestras capacidades y virtudes; para descubrir nuestras fortalezas y trabajar en nuestras debilidades. Después de todo el fin de la pandemia no está en nuestras manos, pero la preocupación por ella y por nuestro futuro, el fin de la angustia que sentimos ahora, eso sí depende de nosotros.

El uso de razón debe involucrarse en el cuestionamiento de las afirmaciones morales que coordinan el comportamiento de los individuos, estas pueden tener su origen en la política, la religión, diferentes grupos sociales e incluso sistemas educativos. El ejercicio de cuestionar forja una convicción moral que el individuo puede llamar suya, una convicción moral basada en sus propios descubrimientos acerca de si algo es correcto —o incorrecto— y por qué.

Esta reflexión personal puede conducir a otro tipo de moral, una moral en la que el cuestionamiento constante, independiente, es fundamental para aceptar o rechazar opiniones, actos, y para transformar las razones que orientan los modos de actuar .

Esto no quiere decir que la moral cae en el relativismo y que cada quien pueda hacer lo que le parezca; lo que se promueve es un juicio sobre los conceptos y acciones morales como muestra de un uso de razón reflexivo. Al lograr esto, se daría cumplimiento a los tres niveles de la filosofía de Epicteto:

El primero y más necesario lugar de la filosofía es el de la práctica de los principios, como el “no mentir”. El segundo, el de las demostraciones, como por qué no hay que mentir. El tercero, el de confirmar estas mismas cosas y declararlas con precisión, como ¿por qué es esto una demostración?, ¿qué es, en efecto, demostración?, ¿qué consecuencia?, ¿qué contradicción?, ¿qué lo verdadero?, ¿qué es una falsedad? Por lo tanto, el tercer lugar es necesario para el segundo, y el segundo para el primero; pero el necesarísimo y en el que hay que apoyarse es el primero. Más nosotros lo hacemos al revés: porque nos entretenemos en el tercer lugar y a él dedicamos todo nuestro esfuerzo, mientras que del primero nos desentendemos totalmente. Y, así, decimos mentiras, pero tenemos a punto cómo se demuestra que no hay que mentir (*Enquiridión I-II*).

Hay que mencionar que la moral desarrollada bajo la reflexión y convicción individual tendrá su fundamento en un discurso de autoridad propio y se preocupará por cuestionar y refundar los valores morales individuales que antes han sido indiscutiblemente aceptados y aplicados a la vida en general. Comenzar a cuestionar si las acciones son correctas o incorrectas moralmente, incluso cuestionar el porqué de las acciones que llevamos a cabo (Annas 2015 607), es una manera de tomar autoridad moral y reformar o repensar la moralidad. Para Annas, correcto o incorrecto son conceptos delgados o vacíos si no se determina el contenido intencional de cada uno:

If we want to be directed to the actions that we should actually do, here and now, we will get little help by merely finding that they are the right thing to do (or that we should do them, we ought to do them, they are to be done). The concepts here of *rightness*, *should*, *ought* and *to-be-doneness* (the last lacks a single corresponding expression in English) are so-called thin concepts, lacking in content (Annas 2015 611).

Cuando el individuo reflexiona sobre sus acciones, sobre si son correctas o incorrectas, o las encamina a partir de las representaciones (proposiciones con contenido intencional), va nutriendo a su vez los conceptos con conclusiones propias y justifica su fin último. Esta es

una concepción sobre el uso de la razón con respecto a la moral que se identifica con los principios de la filosofía de Epicteto. Entonces no será necesario acogerse a una moral no fundamentada o vacía que prometa felicidad, sino que se podrá construir una que le permita al individuo vivir felizmente. Así las cosas, lo que explica que actualmente sea tan difícil encontrar nuestra felicidad como individuos es la falta de reflexión sobre las pre concepciones, la falta de juicio en lo relativo a los principios morales que practicamos ahora y la poca fundamentación individual que damos a los contenidos morales.

No se puede olvidar el hecho de que la moral es una invención humana, no se debe tomar como un dato preestablecido, sino como un elemento susceptible de ser interpretado, entendido, cuestionado y reformado. La moral es un ejercicio autónomo y de responsabilidad individual, de manera que son válidas las dudas morales y sobre todo la duda sobre el origen de los valores morales. Así, las respuestas que el individuo considere pertinentes, pueden aportar al fundamento de una moral con la que se logre una identificación y, consecuentemente, a la apropiación.

Obras citadas:

Annas, Julia. "Virtue And Duty: Negotiating Between Different Ethical Traditions". *The Journal Of Value Inquiry*, 2015, pp. 605-618.

Braicovich, Rodrigo. "Epicteto: El determinismo epistémico y la potencia causal del Lógos". *Teorema: Revista Internacional De Filosofía*, 2011: 145-156.

Dyson, Henry. "The God Within: The Normative Self In Epictetus". *University Of Illinois Press On Behalf Of North American Philosophical Publications*, 2009, pp. 235-253.

Epicteto, Flavio Arriano, y Paloma Ortiz García. *Disertaciones*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1996.

Epícteto, José Manuel García de la Mora. *Enquiridión*. Barcelona: Anthropos.1991

Epicteto, Pierre Hadot, y Claudio Arroyo. *Manual para la Vida Feliz*. Madrid: Errata naturae, 2015.

Epictetus., and W. A Oldfather. *Epictetus*. 1st ed., Cambridge: Harvard University Press, 1928.

Savater, Fernando. *Las preguntas de la vida*. Ariel, 2012.

Long, Anthony. *Epictetus A Stoic and Socratic Guide To Life*. Berkeley: University Of California, 2002.

Quiroz, Roberto. "En el caminar de los estoicos". *Byzantion Nea Hellás* 2013: 125- 144

Stockdale, James. B. "Courage Under Fire: Testing Epictetus's Doctrines In A Laboratory Of Human Behavior". *Hoover Essays*, 1993.

Conclusiones

A lo largo de este breve documento se expuso cómo la actividad y examen racional es el principal fundamento de la ética de Epicteto. El estoicismo de Epicteto es un conjunto de postulados que, junto con unas prácticas, busca conducir a los seres humanos hacia su felicidad y cumplir, además, con el fin último o el propósito de su vida.

Vimos que la razón permite el conocimiento de las cosas que son dignas de confianza, seguras y buenas; una vez se tenga este conocimiento -que a la vez corresponde al primer paso para alcanzar la virtud-, lo que sigue es actuar con tendencia hacia lo bueno -el segundo paso para alcanzar la virtud-, porque quien conoce lo bueno no querrá otra cosa. Aquí relacionamos la felicidad, en cuanto es un estado bueno por sí mismo, con una finalidad de acción para el individuo, lo que quiere decir que las acciones del individuo deben tener como objetivo conservar la felicidad.

La felicidad entendida como el poder de adquisición o la posesión de una gran cantidad de bienes lleva al individuo al infortunio, porque en una situación como la que vivimos en estos tiempos, donde por nuestra propia salud debemos mantenernos en casa y cambiar nuestros hábitos de trabajo, ese poder adquisitivo y la consecución de bienes se hacen más difíciles de lograr. Por ello se reitera que la felicidad es una actividad que depende de la razón, y a través de la cual el individuo toma posición frente a los hechos, reconoce qué depende de él y qué no. Esto aplica, tanto si los hechos son favorables, como si son desafortunados; de cualquier modo, la felicidad de los individuos dependerá de si actúan en armonía con el universo.

Epicteto nos dice que no es posible alcanzar la felicidad si no se tienen en cuenta sus dos postulados: saber lo que depende -y lo que no- de nosotros y que el mundo está regido por una racionalidad superior. Para el primer postulado hay que tener presente el uso correcto de las representaciones; para el segundo, una confianza en que las cosas suceden como deben porque esa es su naturaleza y nos conviene, así como una indiferencia cuando puedan sugerir representaciones falsas. De acuerdo con el párrafo anterior, la pandemia no depende de nosotros, la carencia de bienes, de empleo y de dinero tampoco; la preocupación por esa carencia y la felicidad individual, por el contrario, sí son cosas que dependen de nosotros y en ellas donde debemos concentrarnos. Esto no quiere decir que el empleo, por ejemplo, no sea importante, sino que perderlo por causas ajenas a nosotros nos reitera ese azar al cual nuestras vidas están expuestas y que lo más valioso está bajo nuestro poder.

El ejercicio racional que se encarga de esa clasificación es la deliberación, un examen que se aplica a las representaciones formuladas a partir de esas impresiones. Entonces, si bien es cierto que la pandemia es un hecho del mundo, es frente a las representaciones de este hecho que se debe deliberar; reflexionar sobre cómo se considera este evento, ya sea como un evento dañino para la sociedad, como un infortunio por las muertes que causa o incluso como un evento trágico que, de igual manera, representaciones que solo concluyen en un malestar individual y un estancamiento. Al creer que realmente nuestras posibilidades de acción son limitadas, no nos interesa ya el cuidado de nuestra mente, de nuestra alma y nuestro perfeccionamiento como seres humanos racionales. Por el contrario, si se reconoce que lo que debe preocuparnos realmente es nuestra salud mental, nuestros juicios, opiniones y posturas, estaremos tan concentrados en nosotros mismos, en nuestro bienestar y en nuestra tranquilidad, que no nos quedará espacio para preocuparnos por las demás cuestiones.

Este documento es una invitación a reconsiderar la situación de crisis sanitaria como un espacio para conocernos mejor a nosotros mismos, para ejercitar nuestra razón y perfeccionar el alma con el fortalecimiento de las virtudes. Si bien es cierto que el evento de la pandemia fue inesperado y tiene el poder de condicionar nuestra materialidad, también es cierto que es más fuerte nuestra capacidad de razonar, nuestros juicios y nuestras deliberaciones. Además la felicidad está en nosotros mismos, en los lentes que usamos para ver la realidad. La libertad descansa en nuestra decisión de ser libres, y somos libres de dejar pasar los sucesos que están fuera de nuestro control, con ello nos liberamos de la responsabilidad que las cosas externas podrían imponernos y nos hacemos responsables solo de nosotros mismos. Somos los seres humanos en tanto artistas quienes creamos nuestra vida y así mismo somos la obra que creamos. Es esto lo que usamos como defensa ante eventos que podrían parecer trágicos.

Bibliografía

Annas, Julia. "The Stoics: Human Nature And The Point Of View Of The Universe". *The Morality Of Happiness*. New York, 1993, pp. 159-179

Annas, Julia. "Virtue And Duty: Negotiating Between Different Ethical Traditions". *The Journal Of Value Inquiry*, 2015, pp. 605-618.

Annas, Julia. "Virtue Ethics". *The Oxford Handbook Of Ethical Theory*, David Copp, New York, 2006, pp. 515-536

Antoine, Francois. *Las pasiones en el estoicismo*. Universidad del Valle, 2006.

Boeri, Marcelo. Corso, Laura. Juliá, Victoria. *Las exposiciones antiguas de Ética Estoica*. 1st ed., Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998.

Boeri, Marcelo. *Los estoicos antiguos*. 1st ed., María Luisa Santander. Santiago de Chile: Editorial Universitaria S.A, 2003.

Boeri, Marcelo. “Observaciones sobre el trasfondo socrático y aristotélico de la Ética Estoica”. *Ordia Prima*, 2004, pp. 107-146.

Boeri, Marcelo. “Una vida sin examen no merece ser vivida por el hombre: Variaciones ‘Socráticas’ en Epicteto”. *Kriterion* 2012, pp. 81-102.

Braicovich, Rodrigo. “Ejercicios espirituales e intelectualismo en Epicteto”. *Classica*, 2011, pp. 35-56.

Braicovich, Rodrigo. “Epicteto: El determinismo epistémico y la potencia causal del Lógos”. *Teorema: Revista Internacional de Filosofía*, 2011, pp. 145-156.

Cooper, John. “The Relevance Of Moral Theory To Moral Improvement In Epictetus”. *The Philosophy Of Epictetus*, Andrew Mason and Theodore Scaltsas, 1st ed., New York, 2007, pp. 9-19.

Dragona-Monachou, Myrto. “Epictetus On Freedom: Parallels Between Epictetus And Wittgenstein”. *The Philosophy Of Epictetus*, Andrew Manson and Theodore Scaltsas, 1st ed., New York, 2007, pp. 112-139.

Dyson, Henry. “The God Within: The Normative Self In Epictetus”. *University Of Illinois Press On Behalf Of North American Philosophical Publications*, 2009, pp. 235-253.

Epicteto, Flavio Arriano, y Paloma Ortiz García. *Disertaciones*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1996.

Epícteto, José Manuel García de la Mora. *Enquiridión*. Barcelona: Anthropos. 1991.

Epicteto, Pierre Hadot, y Claudio Arroyo. *Manual para la Vida Feliz*. Madrid: Errata naturae, 2015.

Epictetus., and W. A Oldfather. *Epictetus*. 1st ed., Cambridge: Harvard University Press, 1928.

Fisher, Jeffrey. "Epictetus's Moral Epistemology". *Epictetus His Continuing Influence and Contemporary Relevance*, Gordon Dane and Suits David, New York, 2014, pp. 77-87

Hamilton, Clive. *The Freedom Paradox: Towards A Post-Secular Ethics*. 1st ed., 2008, pp. 15-18, 239-243.

Long, Anthony. *Epictetus A Stoic and Socratic Guide To Life*. Berkeley: University Of California, 2002.

Marar, Ziyad. "Happiness: A Brief History". *The Happiness Paradox*. 2003, pp. 15-35.

Meléndez, Germán. "Sobre el arte de vivir en Epícteto". *Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte*, 2014, pp. 271-310.

Quiroz, Roberto. "En el caminar de los estoicos". *Byzantion Nea Hellás* 2013, pp. 125-144.

Savater, Fernando. *Las preguntas de la vida*. Ariel, 2012.

Stephens, William. *Stoics Ethics Epictetus and Happiness As Freedom*. 2007. pp. 108-142.

Stockdale, James. B. "Courage Under Fire: Testing Epictetus's Doctrines In A Laboratory Of Human Behavior". *Hoover Essays*, 1993.

Striker, Gisela. "Ataraxia: Happiness As Tranquillity". *Oxford Journals*, 1990, pp. 97-110.